



¿AMNESIA...?



**JOE
MOGAR**



Me acordaba de la primera vez que la vi.

En la estación de la 30th Street, en la ventanilla, sacando un billete para no sabía dónde, ya que no me preocupé de ello.

Estaba seguro de que no iba a volver a tropezarme con ella; por eso no lo hice. Si lo hubiera sabido...

Pero, no lo sabía; por eso me dediqué, sin disimulo, a admirar su perfil de diosa y sus magníficas piernas envueltas en nylon, que dejaba al descubierto desde la misma perfecta rodilla.

Y nada más.

Porque la chica se fue casi al instante, y la olvidé. Como se olvidan tantas y tantas cosas.

Cuando la volví a encontrar, las cosas eran diferentes.



Joe Mogar

¿Amnesia...?

Bolsilibros - Servicio Secreto - 900

ePub r1.0

Lds 23.12.17

Título original: *¿Amnesia...?*

Joe Mogar, 1967

Cubierta: Antonio Bernal

Ilustración interior: Peña

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



DICK
PRESTON

RUTH
MC ALLYSON



CAPÍTULO PRIMERO

Me acordaba de la primera vez que la vi.

En la estación de la 30th Street, en la ventanilla, sacando un billete para no sabía dónde, ya que no me preocupé de ello.

Estaba seguro de que no iba a volver a tropezarme con ella; por eso no lo hice. Si lo hubiera sabido...

Pero, no lo sabía; por eso me dediqué, sin disimulo, a admirar su perfil de diosa y sus magníficas piernas envueltas en nylon, que dejaba al descubierto desde la misma perfecta rodilla.

Y nada más.

Porque la chica se fue casi al instante, y la olvidé. Como se olvidan tantas y tantas cosas.

Cuando la volví a encontrar, las cosas eran diferentes.

Claro que, ya lo he dicho antes, esto no lo sabía, no tenía ni la más ligera idea de ello.

Ahora, aquella mañana, cuando empezó todo, casi un mes más tarde, me encontraba sentado en mi despacho del número 408 de Independence Street, contemplando las piernas de Mavis Kendall, mi secretaria.

Rubia, no más alta de lo normal, lo que no hacía falta ni mucho menos, ya que sobre su hermosa anatomía tenía cosas más que suficientes para hacer perder el sentido a cualquiera.

Por contraste, estaba pensando en el teléfono.

Ese chisme que sirve para tantas y tantas cosas. Incluso para dar disgustos de vez en cuando.

Y por no perder la costumbre, a mí me lo dio, y de qué modo.

No por nada, sino porque, sin saber cómo ni por qué, empezó a tocar de un modo repentino, justo cuando me encontraba pensando en él, e hizo que le mirara con prevención, cosa que jamás me ha

ocurrido.

Alargué la mano, pero Mavis ya tenía el auricular en la suya.
Presté atención.

—Agencia de detectives...

—¿...?

Debieron preguntar por mí, ya que la oí contestar:

—Sí, se encuentra aquí. ¿Desea que se ponga?

Al segundo siguiente me estaba alargando el auricular y vi brillar sus dientes blancos como perlas cuando se inclinó sobre mí, con una sonrisa, diciendo innecesariamente:

—Es para ti, Dick, querido.

Lo tomé con un bien fingido gesto de aburrimiento y pregunté, luego de colocármelo al oído:

—¿Sí? Dígame.

—¿Dick Preston?

La voz era de hombre y desconocida para mí.

—Soy Preston —contesté—. ¿Qué desea?

Hubo unos segundos de silencio y replicó:

—¿Podría venir a verme a mi oficina? El asunto es importante y privado.

Aquello me escamó sin saber por qué.

—¿Quién es usted? —quise saber.

Una vacilación y replicó:

—Escuche, Preston, le espero dentro de veinte minutos en mis oficinas. Están instaladas en el 680 de Independence Hall, piso noveno C.

—Correcto —respondí—. Pero eso no me dice quién es usted ni qué es lo que desea.

—Soy abogado. En cuanto a lo que deseo, es sencillamente encargarle una investigación. Perdone, pero no puedo decir nada más por teléfono.

—¿Quién le dio mi nombre?

Debió hacer un gesto de impaciencia y contestó:

—Lo escogí en la guía. Eso es todo.

No le creí, pero, a pesar de ello, repliqué:

—Bien. Dentro de veinte minutos o media hora estaré allí.

Colgué sin esperar respuesta y miré a Mavis, que a su vez me miraba con sus grandes y profundos ojos negros, fijos en los míos.

—¿Quién era, Dick?

—Alguien que quiere encargarme un nuevo caso, linda —dije.

Frunció el ceño, como siempre ocurría cuando deseaba saber una cosa y yo no se la decía, se puso en pie, con lo que el espectáculo de sus fascinantes piernas perdió todo interés para mí y se me acercó, sentándose en el brazo del sillón en que yo me sentaba, para, acto seguido, rodearme el cuello con uno de sus bien torneados brazos.

—¿De qué se trata? —quiso saber.

Sonreí.

—No lo sé, linda. No me lo ha dicho. Simplemente, que me espera en su oficina dentro de veinte minutos.

Me desprendí de su brazo y me puse en pie.

Mavis me imitó y se inclinó sobre mí con los rojos y sensuales labios entreabiertos, y entonces la besé en la nariz.

Pero fue peor, mucho peor, ya que ella me rodeó el cuello con los brazos.

Y perdí los veinte minutos, con lo que llegué a mi cita telefónica con media hora de retraso.

Busqué el número al llegar a Independence Hall y estacioné el coche frente al edificio, construido exprofeso para oficinas, y crucé la calle.

En el portal miré la tablilla indicadora.

John H. Blumer, abogados.

Busqué el ascensor y tres minutos más tarde me encontraba pulsando el botón del zumbador en la puerta indicada.

Se me cortó el resuello cuando me abrieron.

Pelirroja. Ojos azules, senos altos, audaces, estrecha la cintura, firmes y suaves las caderas, y las piernas... Bueno, sólo había un lugar en donde poder hacer comparaciones.

En mi oficina; y allí, Mavis Kendall, mi secretaria.

La miró de pies a cabeza, incapaz de hablar, hasta que ella rompió el silencio con una irónica sonrisa.

—Si ha acabado de mirarme ya, dígame qué desea, míster...

Bajé de la nube en donde me encontraba y contesté:

—Me llamo Preston y creo que me están esperando, *miss*...

No me dio su nombre, pero sí dijo:

—Por aquí, por favor.

La seguí.

Atravesamos su despachito, lujosamente amueblado, en dirección a una acristalada puerta situada al fondo del mismo.

Me hizo una seña con una mano de dedos largos bien cuidados, rematados en rojas uñas, para que me detuviera, y llamó con los nudillos. Luego entró.

Para regresar a mi lado al cabo de medio minuto escaso.

—Puede pasar, míster Preston —dijo, examinándose con inusitado interés—. Míster Blumer le espera.

Empujé la puerta y entré.

El tipo en cuestión era alto, elegante, de pelo completamente blanco, con lentes de montura de carey, y el rostro, en conjunto, el más duro que yo había visto en mi vida.

No se levantó al verme entrar, pero sí me indicó uno de los sillones que había instalados frente a la enorme y lujosa mesa despacho tras la cual se sentaba.

Me acerqué y me dejé caer sobre el mismo sin pronunciar palabra, y nos miramos.

Fue H. Blumer el primero que rompió el silencio.

—Llega con mucho retraso, míster Preston —dijo:

No contesté.

Al picapleitos aquél no le importaba ni poco ni mucho saber en qué había pasado yo aquellos veinte minutos.

Y esperé, como digo, en silencio, mirándole a mi vez, estudiándole, preguntándome para qué diablos me había llamado.

Pareció comprenderlo así, ya que, repentinamente, continuó:

—Deseo que se haga cargo de un asunto, Prestos —dijo, apeando súbitamente el tratamiento que me había dado.

—Eso ya me lo dijo por teléfono —contesté.

Pareció no gustarle mucho mi interrupción, ya que frunció el ceño, pero no me di por aludido, y continué esperando.

—Se trata de una mujer que padece de amnesia.

Continué callado.

El tipo en cuestión no me gustaba y, por tanto, no deseaba dar facilidades.

Y prosiguió al cabo de unos cuantos segundos de silencio, en el transcurso de los cuales no dejó de mirarme a través de sus lentes, ni un solo instante.

—Hace tres días desapareció de Filadelfia, ¿comprende?

Ante la pregunta me vi en la necesidad de responder:

—Y quieren que sea yo quien la busque, ¿verdad?

Le vi sonreír, pero su sonrisa fue tan dura como su rostro de halcón.

—Sólo en parte, Preston —replicó.

Hizo una ligera pausa, que no interrumpí, y prosiguió:

—A la muchacha le dan ataques periódicos de amnesia. Cuando esto ocurre, desaparece de su casa para volver a aparecer cuando recobra el uso de la memoria. Vuelve al mes, a la semana, a los quince días... En fin, hasta dos y tres meses ha permanecido fuera. Como cosa lógica, cuando regresa a su casa, ya no recuerda nada de lo anterior. Nada de lo que ha hecho o dónde ha estado. No obstante, se la ha visto en Miami, Nueva York, Los Angeles, e incluso en el Principado de Andorra.

Calló, mirándome fijamente, y comprendí que deseaba que yo dijera algo, y lo hice.

Con una pregunta:

—Bien. ¿Qué es lo que desea de mí?

—Exactamente, que se convierta en su niñera. Que la vigile, y que la siga a cualquier parte donde vaya. Ya sé que para eso necesitará un montón de dólares que voy a facilitarle a usted, si se hace cargo del asunto, dándome cuenta, claro, de sus gastos. ¿Comprende?

Le dije que, por el momento, sí, que le comprendía, y prosiguió:

—La muchacha ha sido vista en Chicago, con un hombre. Esto es confidencial.

Le corté en seco mucho antes de que pudiera continuar.

—¿Quién la vio allí y cuándo?

Esperaba la pregunta, porque sonrió con suficiencia, y aquello me crispó los nervios.

—Una amiga de mi mujer que la conoce tanto como a mí mismo, o a mi esposa. Nos puso en antecedentes, aunque a la muchacha no la molestó para nada, ya que coincidieron en un hotel y ella ni la reconoció.

—Correcto. Debo ir a Chicago, ¿no?

—Sí. Y si puede ser, esta misma noche. En el próximo avión. Abórdela como quiera; incluso hágale el amor, pero no la pierda de

vista en modo alguno.

—¿Cómo la reconoceré?

Abrió el cajón central de la mesa, extrajo del mismo un montón de papeles y de entre aquéllos una cartulina y me la mostró.

Se encontraba en bikini.

Una juvenil y hermosa figura de mujer, de cuerpo entero, llevando por fondo las olas del mar y el azul del cielo.

Pero esto en sí no significaba nada para mí, a pesar de que la cartulina estuvo a punto de desprenderse de mis manos cuando la reconocí como a la muchacha de la estación 30th Street.

Pero no dije nada.

Lo guardé para mí mientras devolvía la fotografía.

Entonces Blumer prosiguió el relato justamente en la parte en que lo dejó, y exactamente como si no hubiera habido interrupción alguna.

—Puede hacerlo, como verá, y una vez le haya comunicado el lugar en que fue vista, por esa fotografía, además de que mi secretaria emprenderá el vuelo hasta Chicago con usted. Ella va a un asunto mío, a resolverlo, claro, y de paso le ayudará.

Pregunté, pensando en el bombón pelirrojo que me había abierto la puerta:

—¿Su secreta...?

—Sí. *Miss Dora Stevens*. La muchacha que le ha abierto la puerta a usted.

Aquello era mucho más agradable de lo que esperaba, y, por tanto, acepté.

Casi en el acto de hacerlo, Blumer apretó un rojo botón que había sobre el tablero de su mesa y esperé, sabiendo lo que iba a ver a no tardar.

No me equivoqué.

La pelirroja Dora abrió la puerta y entró, quedando a la expectativa.

Muy poco, ya que al segundo siguiente, Blumer preguntó:

—¿Tiene ya los pasajes para Chicago, *miss Stevens*?

—Hace apenas un momento que los han traído, *míster Blumer*.
¿Alguna otra cosa?

Me señaló con el dedo y contestó:

—Como ya le anuncié, *míster Preston* la acompañará hasta

Chicago. Procure ayudarle en lo que...

No continué escuchando al abogado Blumer.

Para mí era mucho más interesante la sonrisa que ella me dedicaba y la mirada que me lanzaban sus grandes ojos azules.

—Será un placer para mí, *miss* Stevens —me creí en la obligación de decir.

—Gracias, míster Preston. Espero que el viaje sea para mí completamente instructivo. Siempre una no suele viajar en compañía de un famoso detective.

La miré dubitativo, pero no pude adivinar si se estaba burlando o no. Y cuando quise responder, Dora acababa de dar media vuelta, encaminándose a continuación hacia la puerta, y diciendo:

—Le espero fuera, pesquisa.

Miré al abogado.

Sonreía, pero su sonrisa tampoco me gustó, aunque, por contraste, me gustara su secretaria.

—Hábleme de sus honorarios, ¿quiere?

Atajé su pregunta con un gesto de mi mano y formulé la primera pregunta:

—¿Cómo se llama la muchacha?

—Ruth McAllyson, Preston. Pero por eso no debe fiarse. Tengo noticias de que en cada escapada adopta un nombre diferente. Por tanto, tampoco le puedo decir el que ahora usa en Chicago, así como tampoco si la encontrará junto al lago Michigan o si, por el contrario, se encuentra en este mismo instante volando hacia el Japón.

La perspectiva no era nada halagüeña, y sé que no hubiera aceptado viajar en aquellas condiciones, pero estaba la pelirroja secretaria, además de que la damita que iba a buscar no tenía nada que envidiarle a las demás mujeres que yo había conocido, incluyendo piernas y belleza.

CAPÍTULO II

Me puse en pie mientras míster Blumer extraía de las profundidades del cajón central de su mesa despacho un buen rollo de billetes de mil dólares, que depositó frente a mí.

—Ahí tiene, como principio —dijo—, diez mil dólares. Para gastos. En cuanto a sus honorarios, podemos dejarlo para más adelante, ¿no?

Un poco cínicamente, pensé que con aquello había más que suficiente para mí, pero tampoco se lo dije.

—Dígame, míster Blumer —pregunté—. ¿Quién es su cliente?

Vaciló durante unos segundos y contestó:

—Eso, por ahora, perdone, pero no estoy autorizado a decirlo.

—Sin embargo —aduje—, sabiendo el nombre de la dama, es fácil averiguar todo lo demás, ¿no?

No me contestó.

No lo hizo, pero se puso en pie, y en tanto guardaba los billetes, rodeó la mesa y me acompañó a la puerta.

Sus últimas palabras, antes de que la cruzara para enfrentarme con su hermosa secretaria, fueron:

—Cuide de *miss* Stevens y trátela bien. Es una buena muchacha.

No repliqué. Crucé el umbral. Blumer cerró la puerta a mi espalda y yo me enfrenté con las piernas de Dora, ya que en aquel momento se estaba arreglando las costuras de las medias.

Me oyó entrar, ladeó su linda cabeza para mirarme y dijo:

—¡Ah!

Y continuó con lo que estaba haciendo hasta que terminó, decepcionándose en extremo, ya que para mí acabó de hacerlo demasiado pronto.

Al enfrentarme, pregunté:

—¿A qué hora sale el avión para Chicago, *miss Stevens*?

Consultó su pequeño reloj de pulsera y contestó:

—Dentro de dos horas. ¡Ah! Llámeme Dora, ¿quiere?

—De acuerdo, Dora —dije, consultando el mío—. Tenemos tiempo más que suficiente para tomar cualquier cosa en el camino de aquí al aeropuerto, ¿no?

Denegó con la cabeza.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es fácil. Usted puede ir a su apartamento a preparar su maleta y yo al mío a buscar unas cuantas chucherías de esas que tanta falta nos hacen a las mujeres y son incomprensibles para los hombres.

—Yo la tengo siempre preparada, linda.

Me miró, arqueando una de sus elegantes cejas pelirrojas.

—Si lo que desea es que le lleve a mi apartamento, pesquisa, pídale.

Me dejó de una pieza, pero no tanto como para que no pudiera responder.

—Correcto, encanto, vámonos.

Salimos poco más tarde y conduje hasta Sanson.

Ya en el interior de su apartamento, Dora me condujo al *living*, donde me indicó los sillones con un amplio ademán de su brazo.

—Prepárese un *whisky* si lo desea, Dick —dijo, llamándome por mi nombre, exactamente lo mismo que yo hacía con ella—, y siéntese si lo desea. No tardase en cambiarme.

No era aquello lo que deseaba, ni mucho menos, pero me aguanté, por lo que sin una sola protesta, mientras Dora entraba en lo que debía de ser su dormitorio, me encaminé al frigorífico y a continuación al mueble-bar.

Acto seguido, me senté en el sofá, amplio y cómodo, y la esperé, pensando.

En una joven damita que padecía ataques periódicos de amnesia.

Por supuesto que no había creído una sola palabra de aquello. Ciertamente que buscaban a la tal Ruth McAllyson, pero no menos cierto que tenía que ser por otra causa para mí desconocida.

Una causa tan grave o tan importante como para que no se me hubiera querido decir de un principio, y aquello no me gustaba ni poco ni mucho.

Por otra parte estaba Dora.

Ella iba también a Chicago, al parecer, para resolver alguno de los asuntos de Blumer...

¡Un cuerno!

Si ella iba a Chicago, precisamente aquella noche, era nada más ni nada menos que para vigilarme a mí. Si era así, si no me equivocaba en mis sospechas, la pelirroja secretaria iba a recibir una lección que no olvidaría en mucho tiempo.

—¿En qué está pensando, Dick?

La inopinada pregunta de Dora me sorprendió, ya que no la esperaba.

Pero me rehíce en contados segundos, por lo que contesté, examinándola de nuevo de pies a cabeza:

—En nada.

—¡Dick! —se asombró—. ¡Pero si le he estado llamando un par de veces y ni siquiera me ha oído!

Aquello podía ser verdad o no serlo, por lo que no repliqué. Me limité, simplemente, a formular una pregunta:

—¿Nos vamos ya?

Dijo que sí y fuimos a mi apartamento, donde preparé la maleta.

Media hora más tarde nos remontábamos hacia las estrellas, rumbo a Chicago, llevando los asientos contiguos.

—¿Un cigarrillo? —pregunté apenas si nos dieron permiso para fumar.

Me mostró sus dientes de perla en una brillante sonrisa y, entrecerrando los ojos, contestó:

—¿Por qué no, Dick?

Encendí dos y le di uno, con lo que me sonrió una vez más.

Fumamos en silencio por espacio de varios minutos, hasta que lo rompí con una pregunta:

—Personalmente, Dora, ¿conoce usted a *miss* McAllyson?

Me miró suspicaz.

—Sí —contestó.

Continué fumando en silencio hasta que pregunté por segunda vez:

—¿Qué tal persona es?

—Cuando se encuentra en estado normal, una verdadera dama, a pesar de su juventud, Dick.

—¿Y...?

—Eso ya es otro decir. Ella se va, vuelve al cabo de algún tiempo, y cuando lo hace, siempre hay un hombre de por medio.

Pensé en que alguno de aquellos hombres le estaba haciendo un chantaje a la familia y que a mí me habían escogido para vigilarla por si ella se ponía nuevamente en contacto con él, o viceversa, y aquello no me gustó.

Pero me guardé muy bien de hacérselo saber a la hermosa secretaria de Blumer.

Lo que sí dije fue:

—Le gustan los hombres, ¿no?

—Sí. Bastante.

Me miró suspicaz a través de sus entornadas pestañas, que velaron un tanto el brillo de sus inmensos ojos azules, y añadió:

—Sobre todo, el tipo de usted. Creo... Creo que tendrá suerte, Dick.

Sonreí y me lancé a fondo.

—¿Y con usted no?

Me devolvió la sonrisa.

—Eso es algo que aún no sé. ¿O es que no se ha dado cuenta de que ni siquiera ha intentado besarme?

¡Diablos con la secretaria!

Me dejó de una pieza, por lo que, momentáneamente, no supe qué contestar. Luego la oí reír silenciosamente, con una risa que se me antojó música celestial.

—¿Sorprendido, pesquisa?

Había burla en sus ojos y en su pregunta y me volví a mirarla fijamente.

—Confieso que un poco, Dora —dije.

Y volvió a sorprenderme cuando contestó:

—Aún tiene que llevarse muchas más sorpresas, Dick.

Me rehíce y contesté:

—¿Agradables?

Se echó a reír por segunda vez.

—Dick, por favor... Yo... Tengo sueño, querido —contestó, cambiando la conversación y apagando el cigarrillo.

Y eso fue todo por aquella noche, mientras volábamos en dirección a Chicago, donde llegamos al día siguiente.

Fue a la salida del aeropuerto, ya en el interior de un taxi, cuando pregunté:

—¿Dónde la llevo, Dora?

Me miró suspicaz y contestó:

—A un motel. Hay varios en la orilla del lago.

No me dejé engañar por sus palabras ni por la sonrisa que había en sus labios, y mucho menos por el brillo de sus ojos.

Ella deseaba ir a la orilla del lago sabiendo, como sabía, que allí era donde había sido vista Ruth por última vez.

Di la dirección al conductor y, en tanto nos conducía, pregunté:

—¿Y luego?

Me lanzó una fugaz mirada.

—Me iré a dormir, después de tomar un bocadillo en la barra, contando con que cerca haya un *snack bar* y usted sea tan buen chico que me llame a la caída de la tarde.

Sabía cuál iba a ser su respuesta a mi siguiente pregunta, pero, no obstante, la formulé:

—Dígame, linda, ¿y luego?

—Mientras busquemos a *miss McAllyson*, permitiré que me haga usted el amor.

Solté un respingo, ya que si bien había esperado aquella respuesta, ciertamente, no el final de la misma.

—¿Por qué no antes? —inquirí.

—Por la sencilla razón de que estoy cansada, Dick. Sería demasiado ajeteo en tan pocas horas, ¿verdad?

Noté que sentía ganas de mandarla al cuerno o a otra parte cualquiera, igual de desagradable, pero callé, por lo que hicimos el resto del viaje en el más completo silencio.

Alquilamos un par de habitaciones en un motel en la misma orilla del Michigan y la acompañé a la suya llevando su equipaje.

Nos despedimos en la puerta, y tal como habíamos quedado, fui a buscarla a la caída de la tarde.

Me estaba esperando, más hermosa, más deseable que Minea, con su sencilla y escotada blusa, donde el nacimiento de los senos era un atractivo más de los muchos que tenía, y con la acampanada y corta falda y las hermosas piernas cubiertas de medias de nylon.

En la mano, un bolso de piel de cocodrilo, y en la boca, roja y sensual, una sonrisa de bienvenida.

Fue entonces cuando deseé verdaderamente besarla, pero no lo hice, *quizá* porque en aquel momento Dora dijo:

—¿Nos vamos, pesquisa?

Respondí con otra pregunta:

—¿Alguna idea?

—¿Para qué? ¿Para encontrar a *miss McAllyson*? Sí, varias. Y descuide: si se encuentra por estos alrededores, la encontraremos.

Dora llevaba una fotografía y con ella recorrimos varios de los hoteles hasta que comprendimos que si ella estuvo en alguno, o no la reconocían por la fotografía, o no deseaban decir que la habían visto.

Claro que, en su defecto, también podía ocurrir una tercera: que la muchacha de la estación 30th Street no se hubiera hospedado en ninguno de ellos, aunque hubiera sido vista por los alrededores.

Al terminar con el último hotel, ahora sobre la acera, miré a Dora con un gesto de decepción en el semblante.

Pero aun así, fue ella la que preguntó primero:

—¿Qué hacemos, Dick?

—Írnos a cenar y a bailar, si no tiene inconveniente.

No lo tenía.

Por tanto, buscamos un hotel donde cenar y acto seguido un club nocturno.

Bailamos en aquél, luego en otro y, finalmente, en un tercero. Y fue allí, mientras la tenía entre mis brazos, conteniendo a duras penas el deseo cada vez más intenso que tenía de besarla, cuando Dora dijo suavemente:

—Ahí tiene a Ruth, pesquisa.

Perdí un par de pasos de baile, la pisé, soltó un pequeño grito y, acto seguido, pregunté:

—¿Dónde, Dora?

—En la barra.

Miré hacia allí, diciendo:

—Perdona el pisotón, querida, pero me sorprendiste.

La estaba tuteando casi sin darme cuenta, pero Dora *no* lo hizo.

—Invíteme a un trago, pesquisa —dijo—. Iremos a la barra, y una vez allí, mi misión a su lado termina.

La miré fijamente y pregunté, aun sabiendo lo que me quería decir:

—¿Por qué, linda?

—Tenía que ser así, ¿no?

—Sí, creo que sí —respondí, no muy convencido.

Dora no me replicó, por lo que, sin perder de vista la barra, continuamos bailando hasta que, muy cerca de terminar con el bailable, me incliné sobre ella y la besé en los labios.

Respondió justo cuando la pieza terminaba.

—¿Bebemos algo? —preguntó a continuación.

—Sí, claro —dije—. Un *whisky*, si no le viene mal.

Empezamos a acercarnos a la barra y en tanto lo hacía examiné a Ruth McAllyson con mucho más interés que ya lo había hecho en la estación de la 30th Street de Filadelfia.

De dieciocho a veinte años, era toda una mujer.

Alta, morena, de senos firmes y audaces, estrecha cintura y las piernas que ahora mostraba con entera profusión debido a que se encontraba sentada sobre uno de los taburetes del bar, eran algo como yo no había visto nunca y como sospeché cuando la vi por primera vez en la estación sacando un billete de ferrocarril hacia cualquiera sabía dónde.

Nos acercamos más y entonces estudié el resto.

Ojos negros, grandes, profundos y rasgados. Como una gitana española o como una andaluza.

Ojos misteriosos...

Labios rojos, sensuales, invitadores y acariciantes en una boca perfecta hasta la exageración, y el mentón redondo y voluntarioso.

Nos lanzó una fugaz mirada, ya que se había vuelto hacia la pista de baile y luego regresó su atención al vaso que tenía frente a ella, conteniendo posiblemente un «Manhattan».

Fue entonces, y ante mi sorpresa, cuando Dora se detuvo en seco y dijo:

—Le dejo con ella, Dick. Yo me marcho ahora mismo.

—¡Cuernos, Dora! —estallé—. ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que no deseo estropeárselo todo. ¡Ah! Gracias por el beso. Lástima que no se hubiera decidido mucho antes.

Con lo que me dejó helado.

Cuando conseguí deshelarme, Dora ya no se encontraba dentro del club, y yo, completamente solo.

Luego de una ligera vacilación en la que luché por ir tras ella, encaminé mis pasos hacia la barra.

Ruth McAllyson continuaba en la misma postura y unos segundos antes de acomodarme en la barra, muy cerca de ella, admiré de nuevo su perfil, y ¿cómo no?, también sus piernas.

Me acomodé sobre otro taburete, dejando uno entre ella y yo.

—¿Qué va a tomar?

Encaré al barman mientras que detrás mío las parejas continuaban con los bailables.

—*Whisky*.

Ruth continuaba con los negros ojos fijos en el fondo de su vaso y yo sin saber cómo abordarla.

Hasta que lo hizo ella y de la manera más inesperada para mí.

Me encontraba bebiendo en aquel momento cuando dijo repentinamente escudriñándome, como aquel que dice, de pies a cabeza:

—¿Dónde nos hemos visto antes, míster...?

No tenía por qué cambiar de nombre y por tanto no lo hice.

—Me llamo Dick Preston y... —vacilé adrede y continué—: Sí, creo que nos hemos visto en otra parte, *miss*...

Sonrió, y su sonrisa me pareció sencillamente angelical.

—Cora Lancaster —dijo—. Ése es mi nombre. Y llámeme Cora. Todos mis amigos me llaman así.

Me sentí galante porque me convenía.

—¿Qué toma, Cora?

Ruth lanzó una fugaz mirada hacia su vaso y contestó:

—Un «Manhattan», Dick, ¿por qué?

—Por si quiere otro.

Echó su linda cabeza hacia atrás mostrándome la blanca inmaculada de su dentadura en tanto lanzaba al aire una discreta carcajada.

—De acuerdo, lo acepto —replicó.

Se volvió, tomó el vaso y bebió hasta apurar el contenido.

Al regresar los ojos hacia mí, comentó mirándome por entre las entornadas pestañas:

—Es extraño lo que me ocurre con usted, Dick. Sé que le he visto en alguna parte, pero no puedo precisar dónde.

Procuré sonreír misteriosamente.

—Espero que lo adivine más tarde o más temprano, y que lo recuerde.

Me miró suspicaz.

—¿Por qué me dice eso? —quiso saber.

—Por la sencilla razón, linda, de que no voy a decirle nada más al respecto.

—¿Deseando intrigarme?

Bajó del taburete, vino al otro que estaba junto a mí, y me ofreció los labios tan pronto como me senté.

Los besé a pesar de la mirada socarrona del barman y acto seguido, mientras ella contenía la respiración, pregunté:

—¿Dónde se hospeda, Cora?

Frunció el ceño, como si le costara un inmenso esfuerzo pensar, hasta que finalmente replicó:

—En el «Palas», en el centro de la Michigan Avenue. ¿Me lleva?

—¿Ahora mismo?

Sonrió una vez más.

—¿Por qué no? Me encuentro muy cansada.

Con aquélla eran dos las mujeres que me decían lo mismo en contado tiempo.

—¿Nos bebemos esto primero?

—Sí, claro. ¿Cómo no?

Apuró su segundo «Manhattan» en tanto yo hacía lo mismo con mi número «no sé cuántos» de *whisky* y la prendí de un brazo tan pronto como hube depositado sobre el mostrador el importe de las bebidas.

Tiré de ella hacia la puerta del club.

Salíamos cuando entró una mujer acompañada de un hombre. No pude fijarme mucho en la pareja a pesar de que en el acto ambos se detuvieron frente a nosotros impidiéndonos el paso.

Y fue ella, una rubia oxigenada, con más fachada que otra cosa, la que exclamó:

—Donna, querida. ¿Qué haces tú en Chicago?

Tal vez por eso no me fijé bien en la pareja, ya que lo hice en los profundos e inquietantes ojos negros de mi pareja y vi el desconcierto en ellos.

A continuación los clavó en los míos, se pasó la mano en la frente con gesto, maquinal y replicó, mirándolas de nuevo:

—Creo... Creo que se equivoca usted. Que me confunde con otra persona.

—Pero, querida, por favor. Soy Maggie O'Connor. ¿Es que no me recuerdas?

Ruth hizo un gesto ambiguo con los labios y replicó:

—Creo que me confunde con alguien, *mistress* O'Connor. No soy esa persona que usted cree. ¿Cómo me llamó? Donna, ¿verdad?

La rubia Maggie le lanzó una extraña mirada, tiró de su compañero que no había despegado los labios y dijo:

—Vámonos, Pool, creo que es cierto; que nos hemos equivocado.

Pero tanto la llamada Maggie como yo estábamos seguros, de lo contrario.

Se fueron mientras que ahora, Ruth tiraba de mi brazo nerviosamente, según pude notar.

Al fin nos vimos en la calle.

Mirándonos en silencio hasta que ella lo rompió con un comentario.

—No sé lo que pasa conmigo, Dick —dijo—. Siempre o casi siempre me parece recordar caras conocidas, pero luego esos recuerdos se desvanecen y no dejan nada.

Creyendo comprender pregunté:

—¿Quiere decir que no recuerda a esa Maggie O'Connor?

—Exactamente. ¿Cómo ha podido adivinarlo?

—Era fácil —contesté—. Vi cómo se asombraba cuando nos abordaron.

Ruth se quedó unos segundos pensativa y preguntó:

—¿Nos vamos ya?

—Sí, claro. Venga, tomaremos un taxi.

Se burló de mí.

—¡Pero, Dick! —exclamó—. Nada de taxi. Tengo un coche una manzana más abajo. Lo alquilé cuando llegué a Chicago.

Fingí sorprenderme y pregunté:

—¿Cuándo llegó a Chicago? ¿De dónde vino, linda? Arqueó una ceja, vi por segunda vez el desconcierto en sus ojos y luego me sonrió llena de picardía haciéndome pensar que había superado lo que pudiera llamársele su crisis.

A continuación me señaló acusadoramente con un dedo y contestó:

—Dick, usted quiere saber muchas cosas...

Me lanzó otra nueva sonrisa y añadió:

—Vámonos, se está haciendo tarde.

El coche que había alquilado resultó ser un «Jaguar» del último modelo y con un recorrido de muy pocas millas, por lo que silenciosamente alabé su buen gusto.

Media hora más tarde nos encontrábamos en el «Palas», donde pedí una habitación, cerca de la suya, sin que Ruth protestara por ello, y nos fuimos a dormir despidiéndonos hasta el día siguiente, cada uno por su lado.

CAPÍTULO III

Me dejé caer sobre el lecho completamente vestido.

Sabía que no podría dormir. El recuerdo de Dora, los obsesionantes ojos negros de Ruth McAllyson iban a impedírmelo, mientras que en mi mente las preguntas sin respuesta se sucedían las unas a las otras.

No me equivoqué.

Pasó una hora, luego otra, y entonces empecé a dar vueltas de un lado para otro.

Me puse en pie y encendí la lamparita de la mesita de noche. Extraje el paquete de cigarrillos, tomé uno y también lo encendí.

Fue entonces cuando reparé en la gran ventana que tenía a la izquierda de la cama, con cortinajes de blanco nylon.

Me acerqué a la misma.

Como esperaba, se podía abrir y por tanto lo hice y salí a la especie de terraza o ancho balcón corrido, sólo que separado de la habitación de Ruth por una pequeña reja de hierro, que cualquiera, por poco empeño que tuviera, podría saltar en un momento dado y sin esfuerzo alguno.

Me asomé a la balaustrada, con el cigarrillo colgado materialmente de la comisura de la boca.

Abajo, allá al fondo, ciento o ciento cincuenta yardas a mis pies, los coches se deslizaban calle abajo o calle arriba, lo mismo que pigmeos.

Fumé pensativamente.

Pensaba ahora en las palabras del abogado Blumer. Él me había dicho que no perdiera de vista a Ruth ni un solo segundo. No obstante, tenía que ser así.

Ahora ella se encontraba en su dormitorio, tal vez durmiendo o

tal vez preparando la maleta para largarse de allí, camino, una vez más, recobrada la memoria, de Filadelfia.

Me volví en dirección a la pequeña reja que partía en dos el ancho y largo balcón.

¿Saltarla, acercarme a su ventana y mirar el interior de su dormitorio? ¿Por qué no?

Dudaba aún de ello cuando hasta mis oídos llegó el apagado estampido de un arma de fuego, y me inmovilicé con todos los nervios en tensión, ya que el disparo había sido hecho con una automática provista de silenciador, y yo creí saber de dónde procedía.

Escuché, pero el disparo no se repitió más, y al no repetirse, extraje la «Lugger» de la funda de la axila, tiré de la corredera y ya con la bala en el cañón y el dedo dentro del guardamonte salté al otro lado y corrí hacia la ventana que daba acceso al dormitorio de Ruth.

Miré.

Confieso sin rubor alguno que a pesar de que no gustó ni poco ni mucho lo que vi en el primer instante, lancé un suspiro de alivio al ver que ella permanecía en pie, con una automática en la mano, mirando un bulto caído a sus pies.

El bulto de un hombre, posiblemente muerto.

Durante unos segundos volví a dudar sobre lo que tenía que hacer, y luego tanteé la gran ventana acristalada.

Tuve suerte, ya que se encontraba abierta, por lo que la empujé y entré en el santuario de Ruth.

Oyó mis pasos y se volvió como una fiera. Por espacio de un tiempo infinitamente corto el cañón de la automática me apuntó el pecho y luego la oí dar un suspiro.

Casi en el acto la pistola cayó al suelo y ella, sin reparar que yo sostenía otra en mi mano, corrió a mis brazos con un ligero grito.

La estreché contra mi pecho sin pronunciar palabra y del mismo modo acaricié su pelo, pero no la besé.

Luego, creyendo que ya se había tranquilizado un tanto, pregunté mientras continuaba con su hermosa y morena cabeza escondida en mi pecho:

—¿Qué fue lo que ocurrió, Cora?

Le recorrió un estremecimiento y levantó la cabeza para

mirarme fijamente.

Estaba pálida cuando contestó:

—No lo sé, Dick. El... Ese hombre, entró aquí y... Verá, llamó a la puerta diciendo que traía un telegrama para mí. Me sorprendí, ya que a mí nadie va a telegrafíarme por la sencilla razón de que no tengo a nadie, ¿comprende? Pero aún así, creyendo que se trataba de un error, abrí la puerta. Apenas hacerlo se me echó encima y dijo cosas horribles. Negué conocerle y me golpeó, jurando que me mataría. Empezamos a forcejear y de pronto sonó un disparo que casi no oí. Cayó al suelo arrastrándome consigo. Pero yo..., yo no le maté. Ni siquiera le conocía. No le había visto en mi vida. Y me llamó... ¡Oh! Debía de estar loco.

—¿Cómo la llamó? —pregunté en tanto una extraña idea pugnaba por penetrar en mi mente.

—Donna, querida. Donna, amor mío... Eso fue lo que dijo. Es... Es horrible. Y ahora, ¿qué voy a hacer, Dick?

No lo pensé mucho. Ni siquiera nada.

—Tome todas sus cosas y vámonos.

—Dick; quedarán mis huellas.

Aquello era una verdad como un templo.

—Aún así —contesté—, vámonos, linda.

—Pero...

—Vamos, linda —apremié—. Date prisa. Toma todo lo que tengas y sal a esa terraza. De ahí puedes pasar a mi dormitorio.

No vacilé ahora, y mientras lo hacía preguntó:

—¿Y tú, Dick?

Fue entonces cuando me di cuenta de que nos estábamos tuteando. No dije nada al respecto, pero sí contesté:

—Espérame allí, linda, que entretanto voy a componer esto un poco.

La vi tomar su maleta de viaje, unos cuantos trapos en la mano y sin volver la vista atrás abandonó su dormitorio.

Me acerqué al cadáver y le examiné.

Tenía un balazo en medio de la frente, pero a pesar de ello le reconocí.

Tal y como había pensado, se trataba del mismo tipo que abordó a Ruth cuando abandonábamos el club nocturno, acompañado de una rubia oxigenada llamada Maggie O'Connor.

Miré la automática caída al suelo y lentamente me acerqué, tomándola en mis manos como antes la había tomado Ruth. Olí el cañón, y como esperaba, había sido disparada no hacía mucho.

¿Por quién? ¿Por la propia Ruth? Aquello era lo más probable. Pero, si era así, ¿por qué?

Eran demasiadas preguntas para contestármelas en aquel preciso momento por lo que, vacilando, pensando ahora en las consecuencias que aquello implicaría para mí si Ruth era la asesina, extraje del bolsillo el pañuelo y la limpié cuidadosamente borrando mis huellas, las de Ruth, y posiblemente, si es que no llevaba guantes y ella no era la asesina, las del propio asesino.

Hecho esto fui hasta la ventana, salí a la terraza y unos segundos más tarde me encontraba en mi propio dormitorio.

Ruth se puso en pie tan pronto como me rió entrar.

—Dick —dijo—, ¿qué hacernos ahora?

Pensé rápidamente.

En los diez mil dólares que como anticipo me habían dado para protegerla. Niñera o guardaespaldas. Eso me habían dicho y eso es lo que iba a hacer.

—Irnos de aquí.

—¿Dónde? —Se me acercó—. Tengo miedo, Dick, mucho miedo, ¿comprendes?

Estaba seguro de que sí, pero lo que dije fue:

—Anda, vámonos ahora, antes de que sea demasiado tarde.

No sé de dónde logró sacarla, pero me dedicó una sonrisa.

—Sí, Dick, ahora mismo. Confío en ti, ¿sabes? No lo comprendo muy bien, pero es así.

Se acercó a su pequeña maleta de viaje y la atajé.

—Eso déjalo aquí, ya que tenemos que volver.

—¡Dick!

La tomé del brazo y tiré de ella hacia la puerta que daba acceso al pasillo. Al adivinar que íbamos a abandonar el hotel por donde todos, por la puerta principal, se resistió un poco.

Y lo hizo hasta que la tomé entre mis brazos y la besé en los rojos y sensuales labios.

Cuando nos separamos ambos habíamos perdido el aliento, pero ya no pronunció una sola palabra más hasta que nos vimos en el interior del «Jaguar», llevando yo el volante.

—¿Dónde me llevas? —preguntó.

Sonreí porque no sabía cómo contestar, y por tanto dejé pasar unos cuantos segundos de silencio.

—¿Dónde, Dick? —apremió.

Me puse serio.

Como no me había puesto en mi vida.

—Escucha, linda, sólo hay una manera de salir de ésta para cuando venga la policía, ¿comprendes?

A través del espejo retrovisor vi sus obsesionantes ojos fijos en mi rostro y entonces añadí en vista de su silencio:

—Vamos en busca de una licencia especial de matrimonio. Conozco un amigo que a pesar de la hora nos la facilitará, ¿comprendes? Nos vamos a casar esta misma noche.

Abrió tanto los ojos que por un segundo creí que éstos iban a saltar fuera de sus órbitas.

—¡Pero, Dick!

La atajé.

—Verás, linda, la historia es ésta. Tú y yo nos hemos conocido —e intencionadamente di el nombre de Filadelfia sin que su rostro se alterara en lo más mínimo, por lo que proseguí—: Como digo, nos conocimos allí e hicimos buena amistad. Hoy, al cabo de cierto tiempo nos hemos vuelto a ver aquí, en Chicago, hemos pasado la tarde juntos yendo de un lado para otro. Luego he decidido hospedarme en el mismo hotel que tú. Consecuencia, que nos hemos casado. Entramos juntos en el hotel. Te acompañé a tu habitación donde estuvimos unos pocos minutos, con lo que justificamos el que aparezcan en tu dormitorio mis huellas digitales y las tuyas, ¿comprendes? Allí decidimos casarnos, por lo que volvimos a abandonar el hotel. Conseguimos una licencia especial y nos fuimos en busca de un juez de paz al que sacamos de la cama. Volvimos a recorrer algunos clubs nocturnos hasta que decidimos regresar. Por otra parte, una vez casados, las leyes me impiden declarar en contra de mi mujer.

Terminé de hablar y a continuación siguió un largo silencio entre los dos.

Ruth lo rompió con una pregunta.

—Por eso quieres casarte conmigo, ¿verdad?

—Explícate más claro —pedí a pesar de que sabía lo que quería

decir.

—Sospechas que quizá sea yo la que le haya matado, ¿verdad?
Sin contestar a su pregunta formulé otra:

—¿Le conocías?

Vi, siempre a causa del espejo retrovisor, cómo fruncía violentamente su bonito ceño.

—Es el hombre que me abordó cuando abandonábamos aquel club nocturno. Pero entonces iba acompañado de una rubia.

—Sí, ya lo sé —asentí—. Pero ¿no les conocías de antes?

Se pasó la mano por la frente con gesto maquinal y sus ojos negros me asietaron asustados.

—No, Dick —dijo—, no les he visto antes de ahora.

—¿Estás segura?

—¡Dick! Pero... Pero ¿qué es lo que ocurre contigo? No creerás que yo le maté, ¿verdad? No, no lo hice. Ni siquiera le conocía y no obstante, él entró en mi habitación... Fue horrible, Dick, querido...

Insistí a pesar de aquello:

—Y a ella, a esa Maggie O'Connor, ¿la recuerdas de algo?

Denegó con la cabeza, cerró los ojos, y sin responderme se retrepó contra el asiento del coche, por lo que a partir de aquel momento hicimos el viaje en el más completo silencio.

Dos horas más tarde regresamos al hotel.

Al entrar ya me di cuenta de que al parecer nadie había descubierto el cadáver, lo que no era extraño si se tiene en cuenta que para matar a aquel tipo habían empleado un silenciador adaptado al cañón del arma.

Atravesamos el *hall* del brazo, en silencio, y fuimos al ascensor.

Fue al entrar en éste, tan pronto como las puertas correderas se hubieron cerrado a nuestra espalda, cuando Ruth preguntó:

—¿Y ahora qué, Dick...?

La miré fijamente.

—¿Podrías lanzar un grito que se oyera...? Por ejemplo, ¿que se oiga en todo o casi en todo el hotel y luego desmayarte hasta que yo te de un pellizco?

Me miró fijamente y preguntó:

—¿Por qué?

Vacilé unos segundos no sabiendo cómo le iba a sentar la noticia si le decía la verdad de lo que pensaba y contesté:

—A mi entender, preciosa, el cadáver todavía continúa en tu dormitorio. Por tanto vas a hacer lo que te digo. Entraremos juntos y tú, tan pronto como le veas, grita cuanto quieras, y luego desmáyate. Te tomaré es mis brazos y te llevaré al sofá. Permanece quieta hasta que me oigas contar la historia. Luego, cuando te interroguen, sabrás lo que debes contar.

Asintió en silencio.

Abandonamos el ascensor en el piso octavo y caminamos por el silencioso y bien iluminado pasillo hasta su habitación.

Ruth abrió su bolso con mano que temblaba visiblemente, extrajo la llave de su dormitorio y tras algunos nerviosos intentos logró introducirla en la ranura de la cerradura y abrió.

Entramos ante un silencio de tumba.

Pasé yo primero mientras ella quedaba atrás, y como esperaba, vi el cadáver tendido en el suelo, junto a la pistola automática. Una pistola de la que yo había borrado toda huella.

Me volví a mirar a Ruth.

Ruth que con su habitual gesto maquinal se estaba pasando la mano por la frente.

—Está aún ahí, ¿verdad? —musitó.

—Sí. Exactamente como le dejamos, linda. Vamos, pasa, y empieza a actuar.

Me miró con una extraña expresión en sus grandes y rasgados ojos negros que no supe cómo definir, y cruzó el umbral de la puerta.

Pasó por mi lado sin mirarme, dio unos cuantos pasos en dirección al cadáver, se detuvo en seco, se llevó las manos a la garganta y a la boca, desorbitó los ojos y empezó a gritar de un modo que por unos segundos creí que iba a romperme los tímpanos de los oídos.

A continuación se desplomó al suelo como un fardo.

Salté hacia ella creyendo que el desmayo había sido de verdad y la tomó entre mis brazos.

—¿Estás bien? —Por unos segundos estuve a punto de pronunciar su verdadero nombre, pero recordé a tiempo y proseguí luego de la corta vacilación—: ¿Te encuentras bien?

Abrió un ojo, me miró con él y lo cerró de nuevo. Entonces la llevé al sofá y blandamente la deposité sobre sí mismo.

Fuera, en el pasillo, oí murmullo de conversaciones.

Algunas preguntas en voz alta.

Alguien preguntaba a los demás si habían oído chillar. Entonces me acerqué al teléfono instalado sobre la mesita de noche, al alcance de la mano del durmiente, y levanté el auricular.

Casi en el acto oí la voz de la muchacha encargada de la centralita.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Le hablo de la habitación 30, *miss* —dije—. ¿Quiere ponerme en contacto con la policía?

—¿Eh? Oiga, ¿es que ocurre algo?

—Con la policía —atajé secamente—. Por favor...

—No se retire.

Siguió el ruido que hace la clavija al ser introducido en el lugar pertinente y a continuación oí su voz:

—Precinto de policía. Hable.

Dejé transcurrir unos cuantos segundos, sin decir nada hasta que al otro lado del hilo oí una voz:

—Policía, ¿dígame?

—Les hablo desde la habitación 308 del hotel Palas —dije—. Venga cuanto antes, que se ha cometido un asesinato.

—¿Qué...?

No me gustaba, pero lo repetí y colgué el auricular a continuación sin esperar respuesta.

Apenas hacerlo me di cuenta que en el pasillo continuaban las voces y las preguntas y lentamente, deliberadamente, me acerqué a la puerta y la abrí sabiendo que me interesaba que hubiera testigos, sobre todo de mi actitud.

—Se ha cometido un asesinato en esta habitación. Pueden retirarse tranquilos que la policía ya ha sido informada del hecho.

Hubo algunos desmayos por parte de las señoras, pero eso no alteró mis nervios en lo más mínimo. Prueba de ello es que apenas terminar de hablar cerré la puerta en sus narices y me acerqué al sofá.

Ruth abrió el otro ojo, me miró, y preguntó nerviosamente:

—¿Hasta cuándo tengo que estar así, Dick?

—Hasta ahora mismo, linda, pero continúa desmayada tan pronto como llamen a la puerta.

Mirándome fijamente preguntó:

—Si me preguntan por ellos, ¿debo decirles que me abordaron en el club?

Pensé en los pros y contras de aquello y contesté:

—Eso lo dejo a tu criterio, querida.

—Les diré la verdad. Que delante de ti me abordaron llamándome por un nombre que no era el mío, que reconocieron la equivocación y que se largaron.

Fue entonces cuando creyendo saber a qué atenerme, pero para mi conveniencia, repliqué sabiendo que era mucho mejor que yo encontrara a la rubia Maggie mucho antes que la policía:

—A mi entender, preciosa, creo que no debes hablar de ese encuentro, ¿comprendes?

Me miró con gesto suspicaz y contestó:

—De acuerdo, Dick, lo que tú quieras.

No contesté y callamos los dos.

Fuera, frente a la puerta de la habitación, los clientes continuaban cuchicheando a media voz.

CAPÍTULO IV

No tardaron mucho en llegar.

Apenas diez minutos.

Y como me había prometido, Ruth cerró los ojos tan pronto como oyó las sirenas ululando a todo lo largo de la Michigan Avenue, y a pesar del cadáver de aquel desconocido, de la automática con la que había sido muerto; de lo que aquello implicaba para ella y para mí si se descubría todo el tinglado, me permití una ligera sonrisa.

Luego, como empujado por un hado maligno me puse *en pie*, me acerqué a ella, me inclinó y la besé en los labios.

Confieso que no lo esperaba, pero mientras la besaba Ruth llevó los brazos a mi cuello inmovilizándome, correspondiendo a la caricia, sin abrir los ojos.

Fue un beso que recordaría toda mi vida, ya que duró una eternidad. Lo que ellos tardaron en subir hasta el piso octavo y llamar a la puerta de la habitación donde nos encontrábamos.

Sólo entonces, Ruth se separó de mis brazos y quedó completamente inmóvil en tanto que yo, apresuradamente, con el pañuelo, me limpiaba los labios por si en ellos había quedado alguna mancha de «rouge».

Los golpes se repitieron, y fui a abrir.

Cinco policías de uniforme y uno de paisano.

Fue éste el que preguntó:

—¿Dónde está el muerto?

Me aparté a un lado.

—Ahí dentro, inspector —dije.

Sonrió, pero su sonrisa era dura.

—Teniente. Simplemente teniente —contestó—. Teniente Alf

Callender, del Departamento de Homicidios de Chicago. No se mueva de aquí, que luego hablaremos.

No hice caso y fui detrás de los seis hasta el interior del dormitorio de Ruth.

Ella, muy en su papel, empezaba a moverse en tanto que el teniente Callender se acercaba al sofá y sus hombres lo hacían hacia el cadáver de mi desconocido amigo.

Pero antes de llegar se detuvo y como intuyendo que yo estaba inmediatamente detrás suyo se volvió y me enfrentó.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Mi esposa, teniente —replique—. Nos casamos hoy mismo y... Bueno, cuando regresamos y entramos en su dormitorio nos encontramos con este desagradable suceso. Se desmayó luego de empezar a gritar.

Y como viera que me escuchaba atentamente, mientras Ruth lanzaba un suspiro, le relaté todo cuanto sabía, pero sin salirme de las normas que me había dictado a mí mismo.

Al acabar Ruth ya se encontraba sentada en el sofá mirando con ojos desorbitados el cadáver, que estaba siendo sometido a un severo escrutinio, por lo que tan pronto como acabé con mi relato, Callender dijo:

—Llévela a su dormitorio y espérenos allí. ¡Ah! ¿Cómo dijo que se llamaba usted?

—No lo dije, teniente —contesté—, pero se lo dirá ahora. Mi nombre es el de Dick Preston. Detective privado de la ciudad de Filadelfia.

Sus ojos se helaron.

Sin hacer caso tomé a la silenciosa Ruth de un brazo y tiré de ella hacia la puerta.

—Vamos, querida —dije, empleando el tono más cariñoso que pude.

Salimos.

Ya en el interior de mi dormitorio, Ruth preguntó:

—¿Qué ocurrirá ahora, Dick?

—No lo sé, pero tú debes ceñirte a lo que yo he contado. No te apartes ni un solo segundo de la historia, ¿comprendes?

—Sí, claro, así lo haré.

Callamos.

Y nos mantuvimos en silencio hasta que Callender llamó a nuestra puerta.

Le abrí yo y en el acto le hice un seco ademán para que pasara. Cerré a nuestra espalda y le seguí hasta el lado de Ruth.

Una vez allí nos miró a los dos, como estudiándonos, y sus ojos helados y pardos trataron de sondear hasta nuestros menores pensamientos, pero estaba seguro de que no lo consiguió.

—¿Cómo se llama su esposa, míster Preston? —preguntó, dándome un tratamiento que yo no esperaba ni mucho menos.

—Cora —contesté sin vacilar.

—Cora, ¿y qué más?

Con una intuición maravillosa, ella me sacó del atolladero antes de que Callender empezara a sospechar.

—Cora Lancaster de soltera, teniente —dijo—. Ahora Cora Preston.

—¿Qué fue lo que ocurrió, *mistress* Preston?

—No lo sé. Sólo que cuando regresamos al hotel, después de casarnos, ese hombre se encontraba allí, en mi habitación, muerto, con un tiro en la cabeza.

—¿Nada más?

Ruth abrió unos ojos como platos.

—¿Qué podía haber más, teniente? —preguntó a su vez.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar, *mistress* Preston —dijo secamente—. Por ejemplo, ¿le conocía de antes?

Ruth no vaciló en contestar:

—No, no lo he visto nunca. Ésta ha sido la primera vez en mi dormitorio, y completamente muerto. —Se tapó los ojos con las manos y añadió—: Es algo espantoso, teniente.

Callender hizo como si no la hubiera oído y se volvió hacia mí.

—Usted dijo —empezó— que era un pesquisa de Filadelfia, ¿no?

Ni su tono ni aquello de «pesquisa» me gustó, pero me lo guardé para mí, tomando nota mental de ello por si podía devolverle la pelota alguna vez.

—Correcto, teniente —contesté—. Soy eso que usted dice. Y ahora una pregunta, ¿hay algo de malo en ello?

—Eso es lo que no sé aún.

Hizo una pausa y añadió sin que yo hiciera nada por interrumpirle:

—¿Qué ha venido a hacer en Chicago?

Forcé una sonrisa que estoy seguro me salió perfecta.

—Entre otras cosas, a casarme, teniente. Y sé que en el Código de Justicia Criminal no hay ningún artículo que me lo impida, ¿verdad?

—Salvo en el caso de que se contraiga matrimonio, pongamos por caso, para que nadie pueda obligarle a declarar contra su mujer, ¿no? Eso si es que ella, antes, cometió un acto delictivo, punible por nuestras leyes.

Mirándole fríamente pregunté:

—¿Como, por ejemplo, teniente...?

—En este caso, pesquiza; la ahora llamada *mistress* Preston pudo muy bien cometer el asesinato y usted, por salvarla, tal vez por unos miles de dólares, ha ideado esta trampa para la ley, ¿no?

Fue en aquel entonces cuando Ruth intervino llevando una extraña expresión en los ojos que me intrigó.

—¿Quiere decir que me conceptúa como una asesina en potencia, teniente?

Lo mismo que una víbora, así se volvió Callender a mirarla.

—No he dicho eso, *mistress* Preston.

—Pero lo está pensando. Por tanto, tenga en cuenta una cosa; puede ser peligroso para usted el afirmarla así, sobre todo sin pruebas, ¿entiende?

—¿Sí?

Ruth le miró largamente y contestó con la misma ironía, dejándome perplejo:

—Escuche, teniente. Ya le he dicho que no conozco a ese tipo, que no le he visto en mi vida. Por tanto, deténgame si cree lo contrario e intente probarlo. Si no es así, tenga en cuenta dos cosas, o mejor dicho; tres. Estoy muy cansada, me encuentro nerviosa, y por último soy una recién casada y deseo, sobre todas las cosas, quedarme a solas con mi esposo. Por tanto, si no puede probar nada en contra de las declaraciones de éste y mías, lárguese de una vez y déjenos descansar.

Con satisfacción le vi lanzar un respingo, pero se apagó casi en el acto cuando se volvió a mí, enfrentándome.

—¿Tiene algo más que añadir a lo dicho? —me preguntó.

—No. Nada. Los hechos, mal que le pesen, teniente, ocurrieron

tal y como le he contado.

—Sí, es posible —contestó—, pero aún no me ha dicho a qué vino a Chicago, aparte de casarse con *miss*... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Cora Lancaster, teniente, y usted sabe esto tan bien como yo, ¿no?

Sin contestar a mi pregunta volvió a la carga.

—¿Qué fueron las otras cosas que vino a hacer aquí, Preston?

Sonreí.

—Cualquier hombre que trabaja puede escoger su período de vacaciones cuando lo desee, ¿verdad? Pues eso fue lo que hice yo. Me gusta el lago Michigan, y el Código Penal tampoco me prohíbe que venga a bañarme aquí si me acomoda.

Me sonrió, pero su sonrisa continuó sin gustarme.

Es decir, me gustó mucho menos que la primera.

—No, desde luego no —contestó—. Pero sí hay algo que deseo que haga, Preston.

—¿Sí? ¿Y qué es ello?

—Que ni usted ni su esposa abandonen Chicago sin que yo lo sepa, ¿comprende?

Demasiado bien le comprendía y por tanto le dediqué una sonrisa que era tan negra como el alma de Satanás, aunque en apariencia distara mucho de serlo.

—Correcto, teniente —dije—. Lo haremos así. Ahora, si no le molesta, buenas noches.

Se fue sin despedirse y sin pronunciar una palabra más.

Al quedar solos, Ruth preguntó:

—¿Y ahora qué, Dick?

—Ahora... —Sonreí—. Ahora voy a darte un beso, linda.

Vino a mis brazos y nos besamos.

Luego nos fuimos a dormir.

* * *

Ahora, al día siguiente, lo recordaba.

Estuve mucho tiempo sin poder dormir contemplando el bello rostro de Ruth junto al mío, completamente dormida, con una expresión beatífica en su hermoso semblante, hasta que sin saber

cómo, me dormí a mi vez.

Ahora, como digo, al día siguiente, lo lamenté tan pronto como abrí los ojos, porque ella ya no se encontraba a mi lado.

Había ocurrido una vez más lo que el abogado Blumer me dijo en Filadelfia.

Ella, Ruth, se había marchado sin despedirse. Había recobrado la memoria y se marchó. ¿Dónde? Para mí era fácil responder a esa pregunta. No podía estar en otro lugar como no fuera en su casa de Filadelfia.

Cierto que esto no lo supe, o mejor dicho, no lo pensé, hasta mucho después.

Lo que sí hice tan pronto como me desperté, fue mirar a mi lado.

Entonces salté de la cama al suelo y miré por todas partes.

No, no estaba. Ella se había ido, llevándose su pequeña maleta y su ropa, dejándome en Chicago con un cadáver, la policía y un embrollo de mil diablos.

Me vestí apresuradamente y bajé al *hall*.

Lo atravesé, yendo directamente al «comptoir», donde pregunté:

—¿Se ha marchado *miss* Lancaster?

El encargado del mismo me miró suspicaz.

—¿*Miss* Lancaster? Bueno, sí, se marchó esta madrugada. Sobre las seis de la mañana. Dejó pagada la cuenta y se fue.

Me pasé la mano por la barba, un tanto crecida, y pregunté por segunda vez:

—¿Dejó algún recado para mí? ¿Dijo algo?

El empleado me dirigió una sonrisa que a nada le comprometía.

—No, no dijo nada. Se limitó, como digo, a pagar el importe de su estancia aquí y a marcharse.

Pensé en el teniente Callender cuando dije:

—Gracias, muchas gracias.

Di media vuelta y salí a la calle.

Pensativamente deambulé de un lado para otro, sin dejar la Michigan Avenue hasta que entré en un *snack* donde desayuné, aunque maldita las ganas que tenía de hacerlo.

Mediaba el bocadillo cuando repentinamente recordé a Dora con sus maravillosas piernas y sus no menos maravillosos ojos azules.

Descendí del taburete donde me encontraba sentado y fui a la cabina telefónica.

Marqué un número, pero nadie contestó al otro lado del hilo.

Regresé a la barra y consumí el resto de bocadillo. Parsimoniosamente apuré la lata de cerveza y encendí un cigarrillo.

Cuando lo consumí, pagué el importe de la lata y del bocadillo y salí a la calle.

Detuve el primer taxi que encontré en mi camino y di la dirección del motel donde llevé a Dora.

Deseaba averiguar si también había pagado la cuenta y se había ido de Chicago, y si podía, hacia dónde.

Pero me equivoqué, ya que ella se encontraba en su interior.

Es decir, en el bar cercano a la cabaña que había alquilado, cuyo dueño era el mismo del motel.

La vi a través de la acristalada puerta, subida a uno de los taburetes, y ofreciendo a la clientela, en su mayoría hombres, el fascinante espectáculo de sus hermosas piernas desnudas, ya que llevaba unos cortísimos *shorts* y zapatos de alto tacón.

Empujé la cristalera sin una sola vacilación y entré yendo directamente a su encuentro.

Debió verme a través de uno de los espejos, ya que se volvió a mirarme.

—¡Oh, Dick! ¿Cómo usted por aquí?

Me acomodé a su lado y Dora prosiguió:

—¿Dónde ha dejado a la pequeña, Ruth?

Contesté con parte de la verdad.

—Se marchó esta madrugada, Dora.

—¿Qué?

—Exactamente lo que ha oído, querida. Se fue sin dejar rastro y sin decir dónde. Lo hizo mientras yo me encontraba durmiendo.

Lo que era verdad, aunque no del modo que ella creía.

La llegada del barman, con su obligada pregunta, interrumpió la respuesta de la pelirroja Dora:

—¿Qué va a tomar? —preguntó.

—Un café solo —repliqué, volviendo los ojos hacia ella cuando ya se estaba alejando de nuestro lado.

Fue entonces el momento que escogió para preguntar:

—¿Cómo ocurrió, Dick?

Esperé a que hubieran servido el café y respondí:

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa si me encontraba

durmiendo? A esta hora posiblemente se encuentre camino de Filadelfia, como tantas y tantas veces, o camino del infierno. ¡Yo qué diablos sé!

Bebí un poco mientras Dora preguntaba una vez más.

—Entonces, pesquisa, ¿qué es lo que va hacer?

—Tampoco lo sé.

—Pues yo sí.

La miré con interés.

—¿Sí? Pues dígamelo.

—Voy a poner un telegrama a míster Blumer contándole lo que ocurre.

Terminé el café de un trago, estando a punto de abrasarme, y contradije:

—No haga eso, Dora. No por ahora.

—¿Por qué?

—Si nos vamos de aquí a un lugar tranquilo, se lo contaré a usted.

Arqueó una ceja, miró el «Manhattan» que estaba bebiendo y replicó:

—Tan pronto como acabe con mi bebida nos iremos de aquí, pesquisa.

No le pregunté dónde, porque lo suponía.

Y no me equivoqué, ya que al cabo de cinco minutos nos encontrábamos caminando, muy juntos los dos, en dirección a la cabaña que alquilara para ella a la orilla del lago Michigan.

Entramos. Dora cerró con llave a nuestra espalda, me indicó que me sentara, lo hizo a su vez frente a mí, cabalgando una de sus piernas desnudas sobre la otra, y me miró:

—¿Y bien? —preguntó.

Extraje el paquete de cigarrillos, encendí dos, lo mismo que hice en el avión, le di uno y contesté:

—Asesinaron a un hombre dentro de su dormitorio, Dora. Un hombre al que ella conocía.

Palideció, se llevó las manos a los pujantes senos quizá para acallar un tanto los violentos latidos de su corazón y pidió, mirándome fijamente a los ojos:

—Explíqueme eso más despacio, Dick.

Lo hice contándoselo todo, de cabo a rabo, pero guardando para

mí que nos habíamos casado con objeto de librarla a ella de las garras de la policía, aunque sólo fuera por el momento.

Ahora, examinando la situación fríamente, me daba cuenta de que aquel matrimonio era lo más descabellado que se me había ocurrido hacer en mucho tiempo.

Después de mi relato, Dora dio la callada por respuesta, por lo que entre los dos reinó un largo silencio.

CAPÍTULO V

Dora lo rompió cuando casi había consumido el cigarrillo.

—Creo que más tarde o más temprano tendrá que dar cuenta a míster Blumer de lo ocurrido.

—¿Por qué?

—Por muchas razones —replicó rápidamente—. Y una de ellas es que si *miss* McAllyson marchó a Filadelfia, si ya no se encuentra allí, más tarde o más temprano llegará y mi jefe deseará saber los motivos que usted tenía para no informarle.

—¿Motivos? ¿Le parece poco un asesinato?

—Precisamente por eso se lo digo, pesquisa. Quizá míster Blumer le pregunte a usted por qué calló este hecho tan importante. ¿O fue *miss* McAllyson la que le asesinó? Esto es lo que va a preguntarle a usted. Ande, Dick, no sea chiquillo, tome el auricular de ese teléfono, pida a la operadora larga distancia y telefonee a Filadelfia, o se verá en dificultades con el abogado de la familia McAllyson.

—¿Quiénes son ellos?

—¿Los McAllyson?

—Sí.

Me miró dubitativa.

—Perdone, Dick, pero no estoy autorizada a decírselo —se puso repentinamente seria y preguntó—: ¿Telefonea usted, o lo hago?

Encendí un nuevo cigarrillo antes de contestar:

—¿Antes, Dora, por qué no es una buena muchacha y telefonea al aeropuerto a ver si una tal *miss* Cora Lancaster ha tomado pasaje en alguno de los reactores con destino a Filadelfia? Tiene que haberlo tomado a ese nombre o al suyo verdadero.

—¿Por qué no lo hace usted, Dick?

—Por la sencilla razón de que si la policía anda ya tras su pista, contando con que esta mañana hayan ido al hotel en nuestra busca, lo primero que habrán hecho es buscarla en el aeropuerto, pero como *miss* Lancaster ya que ése fue el nombre que Ruth dio a la policía. Si telefonea una mujer preguntando por ella, jamás sospecharán tanto como si lo hace un hombre, ¿comprende? Yo me encontraba con ella, y por el momento no deseo figurar mucho en todo esto.

Lentamente, sin dejar de mirar, Dora se puso en pie, cruzó la estancia de un extremo a otro y se acercó al teléfono.

Levantó el auricular y marcó.

Fumé en silencio mientras oía cómo Dora preguntaba y las palabras que siguieron a continuación.

Cuando de nuevo lo depositó sobre su soporte se volvió hacia mí y dijo:

—Una mujer llamada Ruth McAllyson ha tomado pasaje en uno de los aviones para Filadelfia. ¿Qué va a hacer ahora?

Pensé en el teniente Callender cuando repliqué:

—Creo, linda, que a pesar de la orden policial que tengo de no abandonar Chicago por el momento, voy a hacerlo aunque sólo sea por unas horas.

—¿Sin avisar?

—¿A quién debo avisar, querida?

—A míster Blumer —contestó sin vacilar.

—¡Un cuerno! —estallé sin poderme contener.

Me puse en pie y Dora me imitó, por lo que ambos quedamos frente a frente mirándonos a los ojos.

—Voy contigo —dijo repentinamente.

—¿Qué?

—Exactamente qué voy contigo, querido. Dame diez minutos para preparar mis cosas y nos iremos.

—¡Narices! Ése es el tiempo que voy a darte.

Me sonrió.

—Escucha de una vez por todas, Dick —dijo fríamente en violento contraste con su sonrisa—. Será mucho mejor que vayamos juntos hasta Filadelfia. Si la policía busca a un hombre, si se ha dado cuenta de la desaparición de Ruth, la buscarán a ella en compañía de un hombre, ¿entiendes? Buscarán a una mujer rubia

conjuntamente con un hombre como tú, pero nunca a una pelirroja con un hombre que, por ejemplo, puede llevar gafas ahumadas, ¿no?

Aunque adivinaba que aquél no era el motivo de querer imponerme su compañía ni mucho menos, no contesté a aquello.

Simplemente me limité a encogerme de hombros y a dejarme caer nuevamente sobre el sillón que ocupaba hasta el momento presente.

Dora, sin pronunciar otra palabra más, me lanzó una fugaz mirada y dando media vuelta desapareció por una de las dos puertecillas situadas al fondo de la estancia.

Un cuarto de hora más tarde ambos nos encontrábamos rodando en dirección al aeropuerto de Chicago.

Y suspiré lleno de satisfacción cuando nos vimos en el aire en vuelo directo hacia Filadelfia.

En vuelo directo hacia un abogado llamado Blumer que iba a tener que contarme muchas cosas. Entre ellas, por qué me había mentido. Por qué no me había dicho que su encargo no era común, ya que aquella pérdida de memoria provocaba en Ruth McAllyson ataques capaces de convertirla en una asesina en potencia.

Yo me encontraba en un lío de mil diablos y era él, como abogado, el que me tenía que sacar del mismo mal que le pesara, o yo empezaría a hablar. Puede que perdiera mi licencia, pero tenía la completa seguridad de que Blumer no se iría de vacío.

* * *

—¿Dónde está *miss* McAllyson?

La pregunta la formulé yo, dos horas más tarde de que el avión que me trajera de Chicago aterrizara en el aeropuerto de Filadelfia, y apenas entré en el despacho del abogado Blumer.

—Siéntese, ¿quiere? —me contestó, indicándome uno de los sillones.

Lo hice mirándole fijamente y repetí:

—¿Dónde está *miss* McAllyson? Deseo hablar con ella.

En su casa, Preston —hizo una ligera pausa y añadió—: ¿Cómo se le escapó a usted?

Pregunté a mi vez:

—¿Usted no duerme nunca, Blumer?

Soltó un respingo.

—¿Quiere decir...?

—Exactamente que después de lo ocurrido yo me encontraba descansando. Entonces ella lo aprovechó para pagar la cuenta del hotel y largarse dejándome solo con un montón de policías tras mis pasos y un cadáver.

—¿Qué? Explique eso, por favor.

Pacientemente, aunque estaba deseando dar el estallido, relaté todo lo ocurrido en Chicago, pero callando, como lo calló a Dora, que ahora se encontraba en el antedespacho, mi descabellado matrimonio con Ruth.

Como esperaba, Blumer sólo se preocupó de una cosa. Del asesinato.

—¿Conocía a ese hombre?

—¿Quién, *miss* McAllyson? No. Por lo menos eso fue lo que ella me dijo.

Blumer se mantuvo pensativo por espacio de unos segundos y acto seguido formuló la pregunta que yo esperaba:

—Dígame, Preston, ¿cree usted que ella le mató?

—Simplemente le puedo asegurar una cosa, Blumer —contesté—: que *miss* McAllyson tenía la automática en la mano cuando yo entré en sus habitaciones del hotel, y que desde que sonó el disparo hasta que me presenté allí apenas si habían pasado treinta segundos. Creo que el tiempo es insuficiente para que un problemático asesino hubiera podido escapar, ¿no?

Hubo otra ligera pausa y la siguiente pregunta de Blumer me tomó completamente desprevenido.

—¿Qué se proponía usted al borrar las huellas del arma, Preston?

Le miré fijamente y respondí:

—Ya se lo dije; simplemente ayudarla, pero nunca creí que después de hacerlo ella me dejara en la estacada.

—¿Era sólo eso, Preston, o había algo más?

Arqueé una ceja.

—¿Podía haber algo más, Blumer? Si es así, espero que usted me lo diga, ya que no lo sé. Y ahora que lo sabe todo, ¿quiere decirme de una vez dónde vive *miss* McAllyson?

—¿Para qué desea verla? Lo que le tenga que preguntar a ella también se lo puedo decir yo, Preston Por otra parte, ha ocurrido lo de siempre, no recuerda nada. Ni siquiera cómo y de qué forma salió de casa Tampoco dónde ha ido, ¿comprende?

—Eso puede ser verdad o no serlo, abogado —dije—. Por tanto deseo verla. Vamos, deme sus señas.

—Creo que no nos vamos a entender.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que no puedo hacer eso que me pide, ¿entiende? No estoy autorizado para ello.

—¿No? —pregunté con sarcasmo—. Pues tendrá que hacerlo.

Hice una pausa por ver si decía algo en contra y añadí a continuación, en vista de su silencio:

—Escuche, Blumer, el teniente Callender del Departamento de Homicidios es el que lleva el caso de Chicago. No me de esas señas y regresaré allí para ponerme a su disposición. Entonces contaré la verdad de todo y la extradición de *miss McAllyson* será un hecho al cabo de menos de dos horas.

—Eso es puro chantaje, pesquisa —estalló, poniéndose en pie.

Sin moverme del sillón que ocupaba preguntó suavemente:

—¿Lo mismo que alguien le está haciendo a *miss McAllyson* y por eso mató a uno de ellos?

Me equivoqué de medio a medio, ya que el rostro del abogado no se alteró en lo más mínimo.

Tampoco su voz cuando preguntó:

—¿Es eso lo que va a preguntarle a *miss*...?

—Sí, si me da pie para ello —atajé.

—Usted no hará nada de eso, Preston.

—¿No? Escuche, Blumer, ni por usted, ni por la chica ni por diez de los grandes voy a dejar que me envíen a la «tostadera», ¿comprende? Siendo así, tiene un minuto para darme las señas de los McAllyson. De lo contrario iré...

—A Chicago, ¿verdad?

—Exactamente.

Había rodeado la mesa y me miraba fijamente cuando di mi respuesta. Y contestó del mismo modo:

—Suponiendo que llegue, pesquisa.

Sonreí.

—Eso es una amenaza, Blumer —dije—, y no me gusta. ¿Me da las señas de la chica?

Hubo otro nuevo y largo silencio que Blumer rompió:

—Antes debo telefonear.

No pregunté adónde.

Ni siquiera hice un gesto.

Tal vez por eso me lanzó una larga mirada, dio media vuelta y abandonó su despacho yendo directamente al que Dora ocupaba en aquel entonces.

Le oí hablar con Dora, como discutiendo, y acto seguido me pareció oír el ruido que hace el disco de un teléfono cuando alguien lo hace girar para marcar un número.

Encendí un arrugado cigarrillo y esperé.

Tres largos minutos y apareció Blumer con un papel en la mano en el cual había escrito algo.

Me puse en pie y le enfrenté.

—¿Puedo ver a *miss* McAllyson?

Me dedicó una sonrisa de conejo, me dio un papel y contestó:

—Vaya si lo desea, Preston, pero tenga cuidado con lo que dice o hace. En cuanto a la policía de Chicago, no se preocupe mucho por ella. No obstante, si ocurre algo, venga a verme y entre todos procuraremos sacarle del atolladero.

—¿Sí? Me encanta tanta amabilidad, Blumer, pero si me entero que a *miss* McAllyson le estaban haciendo chantaje y que ella mató a uno de los chantajistas, y que lo de los periódicos ataques de amnesia son una invención, a alguien no le va a gustar. No lo olvide.

Di media vuelta, alcancé la puerta, de ahí el despacho de Dora, que me lanzó un beso con la punta de los dedos, que no devolví, y salí a la calle.

Empuñé el volante y a través del intenso tráfico de aquella hora conduje buscando la salida de la ciudad por la carretera 13 Este.

Vi la quinta mucho antes de llegar, ya que se encontraba situada a la orilla de la carretera, en plena recta, pero separada de la misma por un ancho y bien pavimentado camino que corría desde aquélla, bajo los espesos árboles, hasta la casa.

Una hermosa quinta de dos plantas, con un no menos hermoso jardín lleno de flores, plantas trepadoras, piscina, y en fin, con todo

lo que un hombre como yo puede desear.

Ruth se encontraba allí, lo mismo que en la fotografía que Blumer me mostrara.

En bikini y acababa de bañarse.

Las gotas de agua, sobre su piel, brillaban con brillo de perlas y al mirarla mientras me acercaba se me antojó mucho más hermosa que cuando la tuve a mi lado la noche en que me abandonó dejándome completamente solo en la habitación del hotel Palas de Chicago.

Pero no estaba sola.

Había otra mujer a su lado y nada más mirarla adiviné que posiblemente era su madre.

Ambas, al oír el ruido del motor del coche, se volvieron a mirar y luego se consultaron.

Al terminar la consulta, Ruth tomó una especie de albornoz, se cubrió los desnudos hombros, aunque no la innegable belleza de sus piernas, y se sentó en una especie de hamaca, extendiéndolas a lo largo, frente a sí misma, en tanto que la dama se acercaba a la orilla del camino.

Detuve mi coche al llegar a su altura y saqué la cabeza por la ventanilla.

Su semblante, tanto o más hermoso que el de la propia Ruth, estaba enormemente serio cuando preguntó:

—Míster Preston, ¿verdad?

—Correcto, *mistress* McAllyson —contesté, abriendo la portezuela después de lanzar una fugaz mirada a Ruth—. Le avisaron de mi llegada, ¿no es así?

—Sí. Nuestro abogado lo hizo —volvió la cabeza en dirección a la piscina y añadió—: Esta mañana estuvo aquí el médico, míster Preston. Le llamamos tan pronto como ella se presentó.

—¿Cómo se encuentra ahora? —inquirí.

—Está bien —volvió los ojos hacia mí y añadió—: Lléveme hasta la casa. Hablaremos allí.

Subió e hicimos el corto trayecto en contados minutos.

Entre tanto la admiré, examinándola como antes examiné a la hija.

Rubia como Ruth, hermosa como ella. Ojos grandes, rasgados y pardos. Boca roja, sensual, senos altos a pesar de que ya estaba en

una edad difícil para una mujer.

Llevaba un vestido estampado, de amplio escote que se ceñía a su cuerpo de sirena como una segunda piel, corto hasta la misma rodilla, con lo que pude darme cuenta, aunque de un modo fugaz, que sus piernas no tenían nada que envidiarle a las de su hija.

Detuve el coche a la entrada de la quinta, descendí, lo rodeé, pero cuando quise hacer intención de abrir la portezuela me di cuenta de que ella ya había saltado fuera.

Sin pronunciar una sola palabra, con un amplio y elegante ademán, me indicó que la siguiera y lo hice con los ojos fijos en el cadencioso movimiento de sus caderas.

No, decididamente nada tenía que envidiar a su hija Ruth en lo que a belleza se refería.

Entramos y me condujo directamente al lujoso y espacioso *living* room donde me indicó que me sentara.

Lo hice y entonces preguntó:

—¿Desea beber algo, míster Preston?

—*Whisky*, si tiene, y si no le causo molestia por ello.

No me sonrió cuando replicó:

—Molestia ninguna. Espere unos minutos que enseguida le sirvo.

—Gracias —dije.

Se fue dejándome solo y entonces miré en torno con todo descaro.

Aquello era vivir a lo grande.

¿Quiénes eran los McAllyson? ¿Quién el padre de Ruth, una muchacha que posiblemente era una asesina?

CAPÍTULO VI

Dejé de hacerme preguntas tan pronto como *mistress* McAllyson regresó al *living* llevando entre las manos todo lo necesario para que ambos nos preparáramos sendos *whiskies*.

Los sirvió en silencio mientras que un tanto irónicamente me decía a mí mismo que Ruth era mi esposa y que aquella casa también era la mía.

¿Mía?

Me entraron ganas de reír y si no lo hice fue por la sencilla razón de que en aquel momento, *mistress* McAllyson se sentó frente a mí y preguntó:

—¿Qué es lo que ha ocurrido esta vez con Ruth, míster Preston?
Noté que tragaba saliva.

—¿No le dijo nada míster Blumer?

—No. Simplemente me dijo que le recibiera a usted, que el asunto era muy grave. ¿Qué ocurrió en Chicago? Por favor...

Tomé el vaso, bebí un poco haciendo uso de mi poca educación y contestó:

—La secretaria de míster Blumer y yo encontramos a *miss* McAllyson en un club nocturno en la misma orilla del lago Michigan. La abordé, hicimos amistad y después de unas copas la acompañé al Palas. Tenía orden de no perderla de vista, pero ella se sentía cansada y dijo que iba a acostarse, por lo que alquilé una habitación contigua a la suya. Apagué las luces, pero no podía dormir, por lo que un par de horas más tarde, según calculo, salí a la terraza a fumarme un cigarrillo. No sé cuánto tiempo estuve mirando la calle, desde la balaustrada —mentí en parte—, hasta que oí el disparo de un arma de fuego provista de silenciador. No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que provenía de la

habitación de al lado, de la de *miss McAllyson*, y...

Continué explicándoselo todo hasta que terminé, diciendo:

—Logramos engañar al teniente Callender del Departamento de Homicidios, pero aún así nos ordenó que no nos moviéramos de Chicago, por lo menos sin notificárselo a él. *Miss McAllyson* no lo hizo, según parece, ya que luego de haber sobrepasado uno de sus periódicos ataques de amnesia, no recuerda nada. Yo porque no podía explicarlo a la policía, sin el consentimiento de *míster Blumer*, o en su defecto, sin consultarlo anteriormente con él. Por tanto, ya lo sabe. Ambos, su hija y yo, nos encontramos en un dilema.

Estaba pálida cuando acabé de hablar, pero aún así, tal vez por ser madre, formuló una pregunta que me dejó completamente helado.

—¿De qué modo se sirvieron mi hija y usted para engañar a la policía si como me cuenta usted la encontró con el arma en la mano?

Intenté una sonrisa en tanto que sus ojos me asaetaban.

—Fue fácil para mí, *mistress McAllyson* —dije—. Tan fácil, que no merece la pena contarle.

Me miró suspicaz.

Preguntándose muchas cosas y yo adivinando qué clase de preguntas se estaba haciendo coa respecto a su hija Ruth y a mí.

Y como si ella adivinara también parte de mis pensamientos preguntó:

—¿Por qué vino aquí, *míster Preston*? Y conste que no me refiero ahora al asesinato, sino a mi hija. Es... Es usted el primer hombre que viene aquí luego de una de las escapadas de ella, ¿comprende?

Me sentí diabólico cuando pregunté lleno de sarcasmo:

—¿Ni el chantajista, *mistress McAllyson*?

Respingó sobre el sillón como si debajo del asiento hubieran brotado alfileres.

—¿Qué chantajista, *míster Preston*?

—Eso es usted la que debe decírmelo, *mistress McAllyson*, si quiere que de verdad continúe ayudando a su hija. Y ahora, si no le importa, deseo saludarla.

Respingó por segunda vez y preguntó:

—¿Para qué quiere verla? ¿Para hablar de ese asesinato? ¿Es que no comprende que si ella le mató lo hizo cuando no era ella misma?

—Sí, tal vez sea así, pero la policía opinará de otro modo, y quizá el tribunal que la juzgue no la envíe a la «tostadera», aunque sí a un sanatorio mental durante muchos años. Pero yo no puedo hacer otra cosa que denunciar el hecho, si no se me permite verla. Eso es todo.

—Pero...

—Escuche, *mistress* McAllyson —atajé secamente—; mi deseo, como ya le he dicho, es ayudar a su hija. Es una chiquilla encantadora y no le miento en esto, pero me estoy jugando el cuello y esto, aunque sea poco, cambia un tanto las cosas, ¿no?

—Sí, creo que sí. Pero no hay tal chantajista. No lo hubo nunca. No repliqué a aquello aunque no la creí ni mucho menos.

—Correcto, *mistress* McAllyson, ahora quiero verla.

No protestó, por lo que intuí que me estaba ocultando algo o que mentía al afirmar que no había chantajista alguno.

—Venga conmigo —dijo—. Como sabe, Ruth se encuentra en la piscina.

Dejé mi *whisky* a medio consumir y fui tras ella hasta la puerta principal.

Bajo el porche, *mistress* McAllyson se detuvo, me miró fijamente a los ojos y preguntó:

—Míster Preston, comprenda, soy su madre; ¿qué ocurrió en Chicago entre ella y usted?

Sonreí.

—Nada fuera de lo correctamente normal, *mistress* McAllyson. Ella, como le dije, es una chiquilla encantadora. Creo que nadie puede decir otra cosa.

No pronunció una sola palabra respecto a aquello, pero sí dijo:

—Vámonos, míster Preston, y gracias por todo. Ha hecho más, mucho más que cualquiera hubiera hecho en su lugar.

La atajé con un movimiento de la mano, como no dando importancia a aquello y ambos, muy juntos, nos acercamos a la piscina.

Ruth se puso en pie y el albornoz se deslizó de sus hombros y quedó frente a mí lo mismo que una diosa de las aguas mientras sus

ojos me estudiaban con extraño interés.

¿Me reconocería?

Me formulé la pregunta cuando llegamos a su lado y nos detuvimos frente a ella.

Fue *mistress* McAllyson la que nos presentó:

—Míster Dick Preston —dijo—; mi hija Ruth.

Nos estrechamos las manos y ella extendió el brazo para señalar una sillita plegable que había a su lado.

—Siéntese si lo desea, míster Preston.

Miré a *mistress* McAllyson y asintió en silencio, diciendo:

—Míster Preston es un buen amigo de casa, Ruth, ¿comprendes?

Ella sonrió.

—Lo sé —afirmó ante mi sorpresa—. Y... es extraño, tengo la impresión de que lo he visto en otra parte.

Hubo un pequeño, pero extraño silencio y de pronto vi cómo agrandaba los ojos en tanto que sus senos atirantaban la tela del bikini.

—No... No sería en..., en dónde estuve esta última vez, ¿verdad?

Fui a contestar, pero *mistress* McAllyson me atajó:

—Les dejo solos —dijo suavemente—. Tengo que hacer en la casa.

Antes de que pudiéramos darle la respuesta, inclinó un poco la cabeza, dio media vuelta y se alejó, añadiendo:

—Venga a verme tan pronto como acabe con mi hija míster Preston.

En mi fuero interno me dije que sí, que lo haría. Se me había quedado algo en el tintero y deseaba hablar de ello. Deseaba preguntarle si conocía a una mujer llamada Maggie O'Connor.

La repentina pregunta de Ruth cortó el hilo de mis pensamientos en aquel punto:

—Fue allí, ¿verdad?

—Sí —dije, volviéndome frente a ella hasta enfrentarla—. En Chicago. En un club nocturno.

Tomó asiento sobre la hamaca.

—¿Por qué no se sienta, míster Preston? —dijo.

Lo hice, extraje el paquete de cigarrillos y le di uno, que aceptó de inmediato. Apenas si lo hubo encendida preguntó:

—¿Qué fue lo que verdaderamente ocurrió?

Me estaba mirando con sus profundos ojos negros fijos en los míos, asaetándome con ellos.

—¡Oh! Bailamos juntos, bebimos, nos divertimos un poco, y luego la llevé a su hotel.

—¿Y...?

En un segundo comprendí todo el alcance de su pregunta.

—Nada más, *miss McAllyson* —dije—. Nada, como no sea decirle que es usted una muchacha encantadora —me sonrió mientras proseguí—: Por eso me sentí decepcionado cuando al día siguiente pregunté por usted en el hotel y me dijeron que se había marchado.

—¿Nada más?

—Nada más, *miss Mc...*

—Llámemme Ruth —me atajó.

De momento no supe lo que decir, por lo que ella añadió:

—¿Sólo por eso ha venido, *míster Preston*?

—No. Tenía unos negocios en Filadelfia, y aproveché la ocasión para venir a visitarla.

Frunció el ceño.

—¿Cómo sabía que yo vivía aquí? ¿Se lo dije yo acaso? Creo que no. Yo... no me encuentro muy bien, ¿sabe? Hay veces que no logro recordar y entonces me voy. Luego... —vaciló, se pasó la mano por la frente con gesto maquinal y terminó con el resto de la frase—: Cuando me recobro, aparezco en los sitios más inverosímiles sin que pueda recordar por qué estoy allí ni el modo cómo he llegado a aquel lugar.

Sentí piedad por ella y en aquel entonces no pensé ni mucho menos en el teniente Callender, de Chicago, y mucho menos, que la había visto con una automática en la mano junto a un hombre muerto, caído a sus pies.

Tampoco pensé en el lío en que me encontraba.

Simplemente se me ocurrió preguntar una cosa y lo hice a trueque de dar en traste con todo.

—¿Conoce a una rubia oxigenada, muy hermosa, llamada Maggie O'Connor?

Vi el desconcierto en sus ojos y replicó:

—No. ¿Por qué?

—Estuvieron con nosotros en el club y nos saludaron. Al parecer

ella sí la conocía a usted.

Su gesto al pasarse la mano por la frente, una vez más, me resultó doloroso.

—No lo recuerdo —contestó—. Dígame, míster Preston, ¿le dijeron de qué me conocían?

—No. Hablamos y nada más. Es decir, sólo cruzamos unas frases. Eso es todo.

—Es extraño, Dick —dijo apeando ahora el tratamiento.

—¿Qué es lo que ve de extraño en todo esto, Ruth?

Me sonrió, pero ahora su sonrisa fue en extremo nerviosa.

—Tengo pesadillas que algunas veces duran días y días. Un sueño que continúa de una noche para otra como en una novela folletinesca. Me comprende, ¿verdad? Y es un sueño horrible.

—¿Qué clase de sueño, Ruth?

—Yo... Prefiero no hablar de eso.

Se había puesto nerviosa. Su respiración era agitada y el movimiento desacompasado de sus senos me dijo que su corazón iba lanzado a toda velocidad, por lo que no insistí.

Y para cambiar de conversación pregunté:

—¿Podré venir a verla un día de éstos, Ruth?

Sonrió una vez más, pero ahora su sonrisa era la misma que yo conocí una noche en el Palas de Chicago.

—Venga cuando quiera, Dick —dijo—. Me gusta hablar con usted. Por tanto será siempre bien recibido.

Me incliné un poco con ánimo de ponerme en pie y nuestros rostros quedaron muy juntos. Sus obsesionantes ojos negros también y entonces me incliné más, y la besé en los labios.

No se mostró sorprendida, ya que correspondió a la caricia con una suavidad que me desconcertó casi tanto como la sonrisa con que terminó de besarme.

Me puse en pie y me imitó con los ojos brillantes, y acabó de sorprenderme cuando dijo:

—No quisiera que se enamorara de mí, Dick. Toda muchacha tiene derecho y hasta interés en buscar marido, pero yo no debo ni puedo —sonrió—. Usted me comprende, ¿verdad?

—Sí, claro. Pero yo...

—Por favor, Dick, no se disculpe. Sé que soy hermosa y... encantadora, ¿no? Usted mismo lo dijo. Por tanto, es disculpable

que haya deseado besarme y que continúe deseándolo cada vez que venga, pero..., pero...

La tajé.

—No me disculpo, Ruth. El besarla a usted es lo más agradable que puede ocurrirle a un hombre.

—Eso es una galantería, Dick.

—No, no lo es, y usted también lo sabe. Ahora, Ruth, debo irme o esta conversación se haría interminable entre los dos.

Le tendí la mano deseando hacer otra cosa. Deseando estrecharla entre mis brazos y decirle la verdad de todo. Pero tampoco podía. Por tanto era mejor despedirse en aquel momento.

Lo hicimos, quedando en vernos dentro de dos días, allí mismo, y di media vuelta encaminándome de nuevo hacia la quinta.

No me volví a mirarla, pero a pesar de ello adiviné que Ruth quedó en pie, con los ojos grandes, rasgados y negros fijos en mi espalda, hasta que me vio en compañía de su madre.

—¿Averiguó algo, míster Preston?

Me miraba a los ojos cuando en el interior del *hall* formuló la pregunta, y antes de contestar me pregunté a mi vez si me habría visto besar a Ruth, pero no logré adivinarlo.

—No, nada. No recuerda nada. Ni siquiera a una mujer llamada Maggie O'Connor. ¿Ha oído ese nombre alguna vez en la boca de su hija, *mistress* McAllyson?

—No, nunca. ¿Quién es?

—Una mujer rubia que vi fugazmente en Chicago y al parecer conocía a *miss* McAllyson —contesté un tanto fríamente bien a mi pesar.

—Y...

—La saludaron yendo conmigo. Eso fue todo.

—Usted ha dicho que la saludaron, míster Preston. ¿Por qué?

—Porque esa mujer iba acompañada de un hombre y ese hombre fue asesinado en el Palas, en el dormitorio de su hija de usted. ¿Comprende ahora?

Estaba pálida como una muerta y sus manos temblaban un poco cuando contestó en un balbuceo casi ininteligible:

—Sí... claro... ¿Y qué podemos hacer?

—Sólo una cosa, *mistress* McAllyson —repliqué fríamente—; contarme la verdad antes de que tenga de decírsela a la policía.

—¿Y qué verdad es la que quiere que le cuente, míster Preston? Ninguna, por la sencilla razón que de esto sé tanto o quizá menos que usted.

No insistí.

Simplemente dije un segundo antes de dar media vuelta y dirigirme a la puerta:

—Volveré por aquí dentro de un par de días, *mistress* McAllyson. Quiero saber cómo se encuentra su hija.

No me replicó.

Tampoco se despidió de mí cuando entré en el coche, di el encendido, embragué y me puse en marcha hacia la carretera. Pero Ruth sí se puso en pie sin el albornoz, quedando recortada contra el marco que le ofrecían los árboles que había a su espalda, para saludarme alegremente con el brazo, saludo al que correspondí.

CAPÍTULO VII

Me detuve en el primer bar que me vino al paso.

Descendí del coche, crucé la calzada y entré en él acomodándome en la barra.

Pensando, por no perder la costumbre.

—¿Qué va a tomar?

Recordé que en la casa de los McAllyson me había dejado un *whisky* casi sin empezar y contesté:

—*Whisky*, por favor.

Me lo sirvieron y continuó pensando.

De resultas de mis pensamientos me puse en pie, crucé el bar y entré en una de las dos cabinas telefónicas.

Unos segundos más tarde tenía al otro lado del hilo a mi querida Mavis.

—Escucha, amor —dije—, ponte en contacto ahora mismo con Larry. Dile que necesito un fotógrafo para que vaya a la quinta de los McAllyson —di las señas y continué—: Deseo que saquen un par o tres de fotografías de la chica y que las revelen rápidamente. Una vez que las tengan, que emplee a todos los hombres que pueda. Quiero que sigan su pista en Miami...

Continué dando instrucciones por espacio de varios minutos más y luego ella contestó:

—Eso va a costarle un ojo de la cara, Dick.

Más me iba a costar si me pescaba la policía como encubridor de un crimen, pero no se lo dije.

Hay cosas que no se deben decir por teléfono ni debe saberlas una mujer, aunque esa mujer se llame Mavis y sea algo más que una secretaria eficiente, y aquélla era una de ellas.

—Ya lo sé, querida —fue lo que dije—, pero aún así, hay que

hacerlo.

—Correcto entonces. Una vez vayan a esos sitios, ¿qué deben hacer?

—Localizar los lugares donde estuvo *miss* Ruth McAllyson y sobre todo las personas que por una causa u otra tomaron contacto con ella.

Me dolía continuar por aquel camino, pero lo hice.

—Sobre todo los hombres, ¿comprendes?

—Sí, claro. ¿Algo más?

Vacilé unos segundos y repliqué:

—Sí. Dile a Larry que tan pronto como termine con esos preparativos, que tienen que ser efectuados lo más rápidamente posible, que venga a nuestro despacho. Quiero ultimar todos los detalles con él, y de un modo personal.

—¿Nada más?

—Sí. Que le espero ahí dentro de un par de horas a lo sumo.

—¿Y entre tanto...?

—Buscaré a una rubia para pasar un rato, linda.

—¡Oh! Entonces, ¿dónde quedo yo, mi vida?

—A la espera, querida. Simplemente a la espera.

Colgué, sabiendo que su suavidad al efectuar aquella pregunta entrañaba una frase nada agradable para mí, y regresé a la barra y a mi *whisky*.

No había dicho nada a Mavis sobre la rubia oxigenada y mucho menos sobre el asesinato ocurrido en Chicago, pero ahora, mientras bebía, pensaba en ello y el teniente Callender.

Sabía que éste, en aquellos momentos, ya estaba enterado de quién era yo a pesar de que se lo dije en aquella ocasión.

Sabía que quizá, viajando por teletipo, iba una fotografía más o en su defecto una orden de detención en mi contra... O cualquiera sabía qué, pero todo en contra.

Bebí mi *whisky*, pagué y volví a la calle y al volante de mi coche.

De allí a mi apartamento, donde me duché, cambié de ropa y a continuación me dejé caer sobre el sofá del *living* poniendo el despertador para dos horas más tarde, por si acaso.

Pero no hizo falta, ya que no logré dormir.

Resultado, que dos horas más tarde, como había previsto, me encontré en mi oficina, mirando a Mavis, que se encontraba sentada

detrás de la mesa de su despacho mostrándome en toda su profusión sus magníficas piernas por debajo de la misma.

Me sonrió y pregunté:

—Y Larry, ¿ha venido?

Me señaló el interior de mi despacho privado.

—Se encuentra dentro, leyendo una revista. Y está furioso.

Aquello no me importó ni poco ni mucho. A Larry Stephen le ocurría aquello cada vez que tenía que trabajar en un caso.

En los míos había intervenido muchas, muchísimas veces, y esta última no iba a ser la regla de la excepción, por lo que lanzando a Mavis un beso con la punta de los dedos, que devolvió en el acto, empujé la acristalada puerta y a continuación enfrenté a Larry.

Alto, desgarbado, moreno, casi cetrino y de extraños ojos azules que marcaban un poderoso contraste con el tono de la piel de su rostro.

Joven, ya que su edad oscilaría entre los veintisiete a los treinta años. Y a pesar de ello, Larry era uno de los «pesquisas» más inteligentes que yo había conocido.

Prueba de ello es que era dueño de una agencia de detectives, cosa que yo nunca tendría, en la cual trabajaban infinidad de empleados y empleadas suyas.

Me miró de través tan pronto como me vio entrar y dijo sin darme tiempo a nada y sin saludar:

—Quisiera saber cuándo me vas a dejar descansar una temporada. Y ahora precisamente que he tropezado con un monumento de...

Larry siempre estaba tropezando con monumentos, por lo que sin hacer caso al resto de su frase me senté frente a él y esperé pacientemente a que terminara con su verborrea.

Terminó antes de lo que yo esperaba y lo hizo con una pregunta:

—¿Qué es lo que ocurre con esa chica?

—Padece amnesia.

—Y se metió en un lío, ¿verdad?

Me abstuve de contarle lo de Chicago y contesté:

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar, Larry.

—¿Sí? Continúa, querido. Continúa. Cuéntamelo todo, ¿quieres?

—La cosa empezó cuando...

Le dije muchas cosas, pero no todas. Aquello no me convenía en

modo alguno y Larry no replicó a mi historia, pero sí hizo una pregunta:

—De acuerdo en todo. Ahora, ¿quieres decirme para qué me has llamado personalmente a mí?

Vacílé durante unos segundos y al fin contesté:

—Deseo que emprendas un viaje, y hoy mismo.

—¿Qué...?

—A Chicago —contesté sin hacer caso de la interrupción—. Vas a hospedarte en el Palas.

—¿Por qué allí precisamente?

—Si dejas de interrumpirme te lo explicaré, Larry.

—¿Sí? Bueno, continúa. Soy todo oídos.

Continué sin hacerle caso.

—Allí no vas a mostrar ni una sola fotografía de las que te he encargado, ¿comprendes? Te vas a limitar a preguntar por una muchacha llamada Cora Lancaster. Te informaran que estuvo allí hospedada, pero que se marchó. No obstante, tú continuas como si tal cosa y periódicamente lanzas a los cuatro vientos que es una lástima que ella no te esperara, que tienes interés en verla y... Bueno, esto lo repites también en los moteles del lago Michigan y en todos los clubs nocturnos que te encuentres, siempre en la orilla del lago, ¿comprendes? Con eso sólo quiero que te salga al paso una mujer llamada Maggie O'Connor.

—¿Cómo es ella?

—Rubia. Una despampanante mujer rubia, pero oxigenada.

—¿Qué hago con ella? —preguntó—. ¿Me la como?

Sonreí.

—Nada de eso, Larry —contesté—. Tan pronto como la localices síguela a donde quiera que vaya y una vea sepas sus señas, y todo cuanto puedas, todo esto sin dejarte ver ni dar lugar a que ella sospeche, me pones un telegrama y me presentaré yo.

Su cara expresó un profundo dolor cuando contestó:

—Eso es lo que me temía, Dick. Yo te busco a la chica y tú te quedas con ella.

Lo mismo que siempre, no contesté a aquello.

—Haz lo que te digo, y no tardes mucho. Para mañana noche deseo tener un informe completo de todo, ¿entiendes?

—Pero, Dick...

Le atajé.

—Mañana noche sin falta, Larry.

Lanzó una maldición y preguntó:

—¿Y todo este tinglado para qué, Dick?

Hice una mueca.

—Hay un asesinato por medio, Larry.

Soltó un respingo.

—¡Cuernos! —estalló—. Te apuesto a que esa chica McAllyson tiene mucho que ver en ello, ¿verdad, Dick?

Hice una mueca.

—Ella no le mató, Larry.

—¿Sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Se encontraba a mi lado cuando ocurrió el hecho —contesté fríamente, lo que motivó que me mirara atentamente, pero para que al mismo tiempo se abstuviera de insistir.

—Correcto, Dick —dijo—. Haré lo que pueda.

—Harás lo imposible, Larry. Lo necesito o me veré en un lío.

Me miró atentamente, pero no pronunció una sola palabra más. Unos minutos más tarde abandonaba el despacho.

Apenas lo hubo hecho, Mavis entró en el mío y vino a sentarse donde siempre, en el brazo del sillón en que yo me sentaba.

Apenas hacerlo preguntó:

—¿Por qué no me lo cuentas todo, Dick?

Contestó con otra pregunta:

—¿Qué es lo que debo contarte, querida?

—Lo que verdaderamente te ocurrió en Chicago coa la McAllyson.

Durante unos segundos luché porque una pícara sonrisa no añorara entre mis labios, y lo conseguí.

—¿Y qué crees que ocurrió?

Hizo un mohín de disgusto.

—Confieso que no lo sé, pero desearía que me lo dijeras, jefe.

—Simplemente, que la chica se encuentra en un lío.

—Y a juzgar por lo que he visto, debe de ser de los gordos, ¿no?

—Bueno —concedí de mala gana—; quizá sea así.

Me miró suspicaz.

—No deseas hablar de ello, ¿verdad?

—No, no lo deseo —contesté secamente.

Hizo un nuevo mohín de disgusto y se puso en pie sin besarme, lo que me sorprendió.

—Apuesto a que no me invitas a almorzar, Dick —dijo.

Sonreí.

—Perderías la apuesta porque voy a hacerlo así.

Salimos juntos y almorzamos en la misma calle. Luego, sin besarnos, como si una barrera invisible se hubiera interpuesto entre los dos, la acompañé de nuevo a la oficina, me enterré en mi despacho y me dispuse a pensar.

Fue muy poco si se tiene en cuenta de que antes de terminar la jornada tenía que esperarme allí durante tres horas o más, y apenas si transcurrieron dos cuando al timbre del teléfono repiqueteó sorprendiéndome.

Levanté el auricular.

Al segundo siguiente oí la voz de Mavis:

—Una mujer te está llamando, Dick. No me ha querido dar su nombre.

Vacilé unos segundos y al fin dije:

—Pasa la comunicación aquí, ¿quieres?

—En seguida.

Unos segundos más tarde oí la para mí inconfundible voz de Ruth:

—¿Míster Preston?

—¿Ruth? —preguntó a mi vez.

—Hola, Dick. ¿Qué le parece si cenamos juntos esta noche?

No contesté a aquello, y no por la sorpresa que experimentaba sino por algo bien diferente.

—¿Cómo ha dado conmigo?

—Invíteme a cenar y se lo diré.

—¿Dónde puedo verla?

—¡Oh! Bueno, le estoy telefoneando desde la quinta, ¿comprende? Dentro de veinte minutos exactamente tomaré el coche. Dígame dónde le espero.

Vacilé unos segundos y luego di las señas.

Respondió casi al instante.

—Es su apartamento, ¿verdad?

Lo más fríamente que pude contesté:

—Sí, lo es. Pero si tiene algún inconveniente en...

Su risa me cortó en seco y luego añadió:

—Estaré ahí dentro de tres cuartos de hora, Dick. Espéreme.

Colgó sin darme tiempo a nada más y dejándome completamente perplejo.

CAPÍTULO VIII

Oí el timbre de la puerta de la calle justamente cuando me estaba preparando un *whisky*, por lo que dejé todo tal y como estaba, crucé el *living* y fui a abrir.

Como esperaba, en el umbral de la puerta se encontraba Ruth.

El bikini había desaparecido, pero bajo su sencillo tocado me pareció distinta. Más mujer, más hermosa, más madura si se me entiende, claro.

Sonreía cuando abrí la puerta y lo continuó haciendo cuando me aparté a un lado para dejarla pasar.

Luego la cerré a nuestra espalda y la tomé de un brazo.

—Por aquí —dije.

La conduje hasta el *living* y unos segundos antes de indicarle el sofá para que se sentara me incliné y la besé con la misma suavidad que ella empleara para conmigo en aquella piscina.

Correspondió en igual medida y asietándome con los ojos susurró:

—Es muy extraño lo que me ocurre con usted, Dick. Es... como si yo tuviera la sensación de que no es la primera vez que he sido besada por usted. Es... como si algo en mi interior me dijera que tiene todos los derechos adquiridos sobre mí para poder hacerlo.

Me miró entornando sus largas pestañas y continuó en vista de que yo no decía nada:

—Es así y ocurrió en Chicago, ¿verdad?

No quise contestar.

No me había puesto en contacto con el médico que la trataba y por tanto, no sabiendo qué era lo mejor, repliqué mintiendo una vez más:

—Se equivoca, Ruth. No ha ocurrido nada entre los dos. Nada

como no sea unos cuantos bailes, unas cuantas copas, y nada más.

—Entonces, ¿por qué me besó?

—Supóngase que lo hice porque lo deseaba desde el primer momento en que la vi, y precisamente allí en Chicago —hice una pausa que no interrumpió y agregó—: ¿Cómo dio conmigo?

—Blumer me lo dijo. Estuvo en casa a poco de marcharse usted. Dígame, Dick, ¿en qué lío me he metido y le he metido a usted?

—En ninguno que yo sepa. ¿O no se lo dijo Blumer?

Fue entonces cuando me di cuenta por primera vez de que Ruth se encontraba nerviosa y me pregunté si a pesar de lo que me había dicho, Blumer le habló del asesinato.

—¿No me engaña, Dick?

Procuré tranquilizarla con una sonrisa y repliqué:

—¿Nos vamos ahora, o prefiere un *whisky* antes de marcharnos? Prefirió el *whisky*, por lo que se lo serví.

A partir de aquel momento, y hasta las tres de la madrugada, no hizo nada más que preguntar y preguntar, pero fue muy poco lo que logró sacarme si es que consiguió algo.

Terminamos con el últimoailable por aquella noche y la llevé a la barra.

—¿Tomamos algo?

Me sonrió con los ojos brillantes.

—Sí, claro. Luego... Bueno, nos iremos a dormir. Estoy cansada, Dick. Muy cansada.

Tomamos un martini, pagué la consumición y salimos a la calle. Entré en su coche.

Ruth se colocó frente al volante, embragó luego de dar el encendido y empezó a conducir con sin igual destreza.

Tres minutos más tarde me di cuenta de que no íbamos hacia la carretera, sino camino de mi apartamento.

—Creí que iba a acompañarle a su casa, Ruth —dije.

Vi su sonrisa cautivadora y mi corazón latió como un loco, y en aquel preciso momento tuve conciencia de dos cosas: De que la amaba y de que ya jamás amaría a otra mujer que no fuera ella.

—Le llevo a la suya, ¿sabe? —He visto que su apartamento es bastante espacioso y cómodo. Por una noche, no me echarán mucho de menos en casa. Tal vez mamá crea que me dio otro de esos..., esos ataques, pero la telefonearé desde allí mismo para que no esté

intranquila.

No repliqué.

No pude.

Y así de este modo, hicimos el camino en el más completo silencio. Luego tomamos el ascensor para subir a mi apartamento.

Abrí la puerta y entramos. En el acto me envaré llevando la mano a la funda de la axila, pero era demasiado tarde para mí. Por lo menos eso es lo que supuse por el momento.

Los tipos eran dos.

Finos, elegantes, felinos si se entienden ustedes; rostros de halcón, rubio el uno y el otro moreno.

Una similitud más en ellos; que nos estaban apuntando con sendas automáticas.

—¡Quieta esa mano, Preston! No es nuestro deseo hacerle daño por el momento.

—¿No?

No replicó a mi pregunta, pero sí formuló otra señalando a Ruth.

—Miss McAllyson, ¿verdad?

Fue ella la que le interrumpió, pero dirigiéndose a mí:

—¿Qué significa esto, Dick?

—Aún no lo sé, querida —dije—. Pero si ellos son tan amables...

Fue interrumpido a mi vez.

—Vamos, Preston, pase.

Lo hice.

Entramos en el *living* y les enfrenté, pero no pude decir nada, ya que el tipo que había hablado hasta entonces tomó una vez más la palabra adelantándose a mis deseos.

—Le hice una pregunta, Preston. Se trata de *miss* McAllyson, ¿no?

Tampoco pude decir nada, ya que fue Ruth la que contestó:

—Soy esa que usted dice, amigo —contestó heladamente—. ¿Por qué?

No le contestó, pero sí dijo, fijando sus ojos en mí:

—¡Despídala!

—¿Qué?

—Que la despida ahora. Vamos, que la mande a su casa, ¿comprende?

No comprendía nada.

Iba a decírselo así cuando Ruth intervino una vez más dejándome perplejo:

—No se moleste, ya que voy a quedarme. Y ahora, si no tiene inconveniente, desembuche de una vez y lárguese. ¿O nos va a matar a los dos?

Ante mi estupor, el tipo miró al otro tipo, nos volvió a mirar a nosotros y preguntó, pero no a mí, sino al tipo que le acompañaba:

—¿Qué hacemos, Ross?

El otro dio la solución encarando a Ruth y señalando la puerta que daba acceso a mi dormitorio.

—¿Por qué no entra allí como una buena chica y espera a que acabemos de hablar con míster Preston, *miss* McAllyson?

—Porque no lo soy. ¿Está claro?

Intervine por primera vez intuyendo algo extraño en todo aquello.

—¿Por qué no hace lo que le piden, Ruth?

Ella agrandó mucho los ojos y respondió:

—¿De verdad quiere que lo haga?

—Ciertamente, Ruth.

Les miró a los dos.

Estaban enfundando las automáticas en las fundas de las asilas.

Entonces dio media vuelta, me dijo adiós con la mano y con pasos felinos y cadenciosos cruzó el *living*, atravesó la puerta y nos dejó solos.

Ahora nos miramos los tres.

—Siéntese, ¿quiere, Preston?

Lo hice, sintiéndome intranquilo. Aquello no me gustaba, ni mucho menos.

Y pregunté en tanto ellos se sentaban también:

—¿Policías?

Se miraron entre sí, me miraron a mí, y acto seguido vino la bomba.

—Del Departamento Federal de Chicago, pesquisa.

O del F. B. I., si lo prefiere.

No tuve nada que alegar a aquello, y a continuación el tipo presentó a su amigo y luego se presentó a sí mismo:

—Alf Prescoe —dijo— es mi compañero en este caso. Yo me llamo Dan Morris.

—Correcto. ¿Qué desean?

Era una pregunta innecesaria, pues ya lo sabía, y no obstante, quizá para ganar tiempo con objeto de coordinar mis ideas la formulé.

—Que nos hable de Chicago. En concreto de lo ocurrido en el hotel Palas. Pero antes una pregunta. Esa chica, la McAllyson, o si lo prefiere... —Y aquí bajó la voz, lo que agradecí en extremo—, su esposa, es Cora Lancaster como antes fue Lina Ducan en Miami, Pola Marlowe en...

Le atajé en seco.

—Correcto, Morris —dije—. Ella y *miss* McAllyson y esas que me ha dicho son una misma persona. ¿Algo más?

—Sí, y usted lo sabe, ya que se lo dije antes. ¿Qué fue lo que ocurrió en Chicago? Pero queremos la verdad. No olvide que antes de venir aquí nos pusimos en contacto con el teniente Callender. Es decir, fue él quien se puso en contacto con nosotros. ¿Qué fue, Preston?

Luché conmigo mismo, pero sin saber por qué conté toda la verdad y al terminar dije:

—Estoy convencido de que no fue ella la que le mató.

Sin hacer caso a mi respuesta preguntó:

—¿Por qué se casó con ella, Preston?

—Primero porque no sabía quién era. El abogado Blumer no me lo dijo. Yo... Bueno, creo que deseaba ayudarla. Está enferma. Al parecer muy enferma. Sufre ataques perió...

—Sé todo eso —me atajó el federal—. Y ¿fue nada más que por ese deseo?

—Ya le he dicho que sí. Ahora, ¿qué más quieren?

Su sonrisa fue fría en extremo cuando replicó:

—Si fue verdaderamente *mistress* Preston quien le mató, se vería en un apuro muy serio por encubridor de un asesinato.

—Sí, ya lo sé. Pero espero que esto no ocurra. No, si puedo evitarlo.

—¿Sí?

Había sarcasmo en su pequeña pregunta, por lo que contesté:

—Seguro, si ustedes tíos no me detienen ahora. Y si lo hacen, tal vez ella muera o le ocurra algo irreparable.

—¿Y qué piensa hacer?

—Continuar con el problema, hasta ver de solucionarlo.

Hubo un largo silencio entre los tres hasta que Morris lo rompió dándole una nueva sorpresa.

—Vamos a ayudarle, y aunque su esposa sea la asesina, se podrá borrar. Sí, ya sé que no me entiende, pero me explicaré. *Miss...* ¡Perdón *Mistress* Preston, cuando estuvo en Miami conoció a un hombre! No al que mataron en el hotel, ¿comprende? Era un hombre al que le gustaban las mujeres y que tenía mucho partido entre ellas. Salió varias veces con... Bueno, ya me entiende. El resultado fue que una noche, antes de entrar en el hotel en que su esposa se hospedaba, les atacaron. Ese hombre, antes de que le mataran... Es decir, antes de que muriera, entregó a su esposa algo que sólo ella sabe dónde ocultó, o en su defecto a quién se lo dio, aunque yo sospecho que fue lo primero. *Mistress* Preston lo ocultó y aquella noche, a causa de la impresión, ya que fue interrogada por la policía de Miami sin que dijera nada de la entrega, recobró su verdadera personalidad. A mi entender, y continuó hablando en hipótesis, volvieron a encontrarla, meses más tarde en Chicago, o sea ahora y fue reconocida. Eso explicaría la presencia de aquel tipo en el hotel. Posiblemente la atacó cuando ella negó conocerle o negó que tuviera guardado algo de interés para alguien y al intentar defenderse le mató, con lo que el asesinato quedaría en una simple defensa propia, ¿comprende?

El nombre de Maggie O'Connor bailoteó dentro de mi mente por espacio de varios segundos, pero no lo pronuncié.

—Sí, creo que le entiendo a usted. Y ahora, ¿quiere decirme qué era lo que le entregaron a Ruth?

—Un microfilm bastante importante. Un microfilm que fue robado de nuestro Departamento de Seguridad Nacional. Eso es todo.

—Bien, ¿qué desean de mí?

—Que nos ayude, Preston.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque ayudándonos a nosotros se ayuda usted y al mismo tiempo a su esposa. Porque usted, Preston, guarda algo en la manga, y finalmente porque nosotros, aunque federales, no podemos saltarnos las leyes de la misma manera que un «pesquisa» puede hacerlo.

—¿Me está proponiendo que...?

—Escuche, Preston —me atajó—; queremos que continúe interviniendo en esto, ya que usted arranca de Chicago. O sea, de donde se consumaron los últimos acontecimientos, ¿comprende?

Sonreí.

—¿Alguna pista?

—Eso quiere decir que está dispuesto a servir de conejo de indias, ¿no?

—¿Alguna pista? —repetí, mirándole fijamente—. ¿O no tienen ninguna y vienen a mí para que se la proporcione yo?

Se miraron de nuevo y sonrieron.

—Es usted demasiado suspicaz, pesquisa, pero no es así. Y hay una pista. La de una mujer rubia que fue vista en el Palas el mismo día que su esposa y usted. Una rubia oxigenada que responde al nombre de Maggie.

Estuve a punto de saltar sobre el sillón, pero logré controlarme a tiempo, por lo que contesté sin que tampoco se alterara mi voz:

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En el Madison. Supongo que conoce el hotel, ¿no?

Asentí en silencio.

—Bien —dije a continuación—; ¿qué desea que haga con ella?

—Que la vigile, entre otras cosas. Pero si se pone difícil, es cosa de usted —sonrió, añadiendo—: Ésa es una de las cosas que los G-Men no podemos hacer, Preston.

Llevaba razón.

Por tanto no podía decir nada en contra.

—Lo haré.

Se pusieron en pie y avanzaron hacia la puerta.

Les acompañé oyendo cómo Prescoe decía en aquel entonces:

—Nos pondremos en contacto con usted, Preston.

No repliqué, les abrí la puerta y salieron. Pero cuantío esperaba que se alejaran, Morris se volvió a mirarme.

—Tenga cuidado, pesquisa. No nos gustaría verle muerto en cualquier cuneta de la carretera. Buenas noches.

Ahora sí que se alejaron definitivamente camino del ascensor, y esperé a que hubieran entrado en aquél para cerrar la puerta del apartamento y regresar al lado de Ruth.

La encontré en el *living*, sentada sobre el sofá, con una pierna

sobre la otra en un fascinante y maravilloso espectáculo que me hizo suspirar.

¡Lástima que ella no supiera la verdad!

Avancé unos pasos y entonces dijo:

—Sírreme algo de beber, Dick.

Me dejó de una pieza cuando me di cuenta de que me estaba tuteando, pero aún así logré reaccionar y fui al mueble bar y luego al frigorífico, donde preparé dos.

Uno para ella y otro para mí.

Me senté a su lado y le di uno de los altos vasos.

Bebió un poco mirándome por encima del cristal del vaso y al terminar preguntó:

—¿Quiénes eran y qué querían, Dick?

—Hablar conmigo.

—Eso ya lo sé. Pero ¿de qué?

—De varias cosas. Desean mi colaboración en un asunto.

Hizo una mueca y una vez más, desde que la conocí, sus profundos y rasgados ojos negros me desasosegaron.

—Es por lo de Chicago, ¿verdad?

La miré fijamente preguntándome qué es lo que ella sabía, qué es lo que me estaba ocultando, pero su hermoso rostro sólo reflejaba la más completa inocencia.

—No es nada de eso, linda —dije—. Ya le dije que en Chicago no ocurrió nada.

—Quisiera creerte, Dick.

Continuaba tuteándome y su tuteo resultaba extraño a mis oídos.

No correspondí al mismo cuando contesté:

—Le estoy diciendo la verdad, Ruth.

—No, no me la dices. Eres un hombre demasiado bueno para hacerlo. Sé que debí hacer algo horrible cuando esos hombres vienen a buscarte. Eran policías, ¿verdad?

—Sí, pero no es por lo que tú crees. Quieren que busque a cierta rubia —contesté, tuteándola ahora sin darme cuenta.

—¿Es hermosa?

¡El eterno femenino!

—No lo sé —mentí de nuevo—. No la conozco.

Como si no me hubiera oído, Ruth prosiguió:

—¿Tiene buenas piernas? ¿Mejores que las mías?

Y las extendió frente a mí, con lo que me hizo respingar sobre el asiento. A continuación se echó a reír y entonces comprendí que se estaba burlando de mí, hasta que de un modo repentino vino a mis brazos sin pronunciar una sola palabra más.

Confieso sin rubor que perdí la noción de todo hasta muchas horas después.

CAPÍTULO IX

Era ya completamente de día cuando abandonamos mi apartamento.

Ya en la calle, Ruth se me acercó.

—¿Por qué no vienes conmigo, Dick?

—Sabes que no puedo, linda —contesté.

—La rubia, ¿no?

—Sí, claro, la rubia —respondí.

Me sonrió.

—Correcto, querido —dijo—. Me iré a casa.

Vaciló ahora mirándome fijamente, hasta que de un modo repentino preguntó:

—Volveremos a vernos, ¿verdad?

Comprendí todo el alcance de su pregunta en menos de un segundo y sonreí por segunda vez.

—No creo que puedas librarte de mí, Ruth —contesté—. Ni ahora ni nunca.

No me replicó.

Dio media vuelta y se alejó en dirección adonde había dejado estacionado su coche.

Me acerqué al mío, pero no arranqué hasta que ella pasó por mi lado lanzándome un beso en la punta de los dedos.

Dos minutos más tarde me encontraba conduciendo en dirección a Epence Street.

Estacioné frente al edificio del hotel, crucé la calzada, y entré en el mismo, yendo directamente hacia el ascensor.

Subí al tercero y una vez en el pasillo busqué el número correspondiente a la *suite* que ocupaba una rubia oxigenada llamada Maggie O'Connor.

Junto a la puerta vacilé un poco y finalmente pulsé el botón del zumbador.

Transcurrieron unos segundos de silencio y oí el taconeo de los Zapatos de una mujer, hasta que éstos cesaron por completo cuando ella llegó a la misma.

—¿Sí?

Vacilé por segunda vez.

—Un telegrama para usted, *miss*...

—Échelo por debajo de la puerta —fue la rápida respuesta que obtuve.

—Lo siento, *miss*, pero tiene que firmar.

Hubo una tercera vacilación, y ahora no por parte mía, y contestó:

—Espere un momento que voy a abrir.

Claramente noté cómo se alejaba de la puerta para regresar al cabo de uno o dos minutos.

Entonces oí entrar la llave en la cerradura y girar el pestillo.

Quedamos frente a frente durante un segundo, en silencio, que ella rompió:

—¡Usted no es...!

Hizo ademán de cerrar contra mis narices y empujé.

Dio un traspié hasta el centro de la *suite* y entré tras ella, cerrando a mi espalda.

Era la misma rubia que nos abordara en Chicago, y era muy hermosa.

Unos simples y cortísimos *shorts*, muy por encima de los largos muslos, y una escotada blusa que dejaba entrever el nacimiento del atrevido seno, era todo su tocado amén de unos zapatos negros de alto tacón.

Ojos verdes, brillantes, como los de un gato, que me asietaban ahora llenos de una diabólica furia.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí? ¿Cómo se atreve a entrar en mis habitaciones de este modo? Váyase o llamo a la policía.

Me entraron ganas de reír, pero no lo hice.

Simplemente me limité a comentar:

—Creí que ya habíamos sido presentados, ricura.

Abrió unos ojos como platos.

—¡Pero qué día...!

Se interrumpió ella misma, dio media vuelta y corrió hacia el teléfono. Levantó el auricular.

No hice nada por interrumpirla.

Y se detuvo a medio camino, con él a media altura de su oído derecho y me miró. A continuación empezó a discar, y en aquel instante pregunté:

—¿Está llamando a la policía?

Me lanzó una fugaz mirada y continuó marcando.

—Continúe por ese camino y acabará mal, linda. Quizá a la policía se le ocurra preguntar por cierto cadáver que apareció en cierta habitación del Palas Hotel da Chicago, ¿no, Maggie?

Palideció como una muerta.

Soltó el auricular haciéndolo muy lentamente y luego se volvió muy despacio hasta enfrentarme.

—¿Quién es usted? —preguntó por segunda vez.

—¿No me recuerda? —Sonreí—. Soy el amigo de... ¿Cómo la llamó? ¡Ah, sí! Donna. Eso fue lo que dijo. ¿No recuerda? Nos vimos a la salida de un club nocturno en Chicago, linda. Luego, horas más tarde, su amigo, su acompañante o como quiera llamarlo fue asesinado en el Palas. ¿Quiere continuar llamando a la policía?

Soltó suavemente el auricular sobre su soporte y se me acercó, aunque no mucho.

—Aún no me ha dicho quién es usted, amigo.

Se dejó caer en uno de los sillones, cabalgó una de sus hermosas y desnudas piernas sobre la otra y me miró por entre las entornadas pestañas.

—Me llamo Preston, Maggie —dije—, y estoy investigando un caso de asesinato. ¿Quién era el hombre que murió en el Palas?

Me miró suspicaz.

—Se llamaba Frank Latimer y era un buen amigo.

—¿Qué tanto como amigo?

Frunció el ceño.

—Eso es algo que no le importa a usted —declaró—. Era lo que le he dicho: un amigo. Aquella noche estuvimos yendo de un lado para otro, bebiendo aquí y allá, hasta que tropezamos con la chica.

—¿Y qué más?

—Pues no hay más. Simplemente, que cometí una equivocación, como usted mismo pudo comprobar. Por tanto, nos fuimos. Una

hora más tarde, Frank me dejó en mi hotel y se fue. Al día siguiente leí en los periódicos lo que había ocurrido en ese hotel. Eso... Eso es todo lo que sé de este asunto.

La miré fijamente, extraje el paquete de cigarrillos, encendí uno y disparé la siguiente pregunta:

—Ese Frank Latimer, ¿a qué se dedicaba?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Usted dijo que era su amigo, ¿no?

—Eso no tiene nada que ver. Nunca pregunto a mis amigos cómo se ganan la vida. Y a todo esto, ¿con qué derecho me hace tantas preguntas?

Sin contestar, continué:

—Escuche, ricura —empecé—. Yo veo las cosas así: Cierta muchacha tropezó en Miami con un hombre. De esos que gustan a las mujeres y que ellos, como lo saben, se aprovechan de ellas. Salió con la chica durante algún tiempo. Me sigue, ¿verdad? Pues bien, una noche, cuando la acompañaba a su hotel, le balearon, hiriéndole de muerte. Pero vivió lo suficiente como para entregar a aquella muchacha lo que traía. Algo lo bastante importante como para tentar la codicia de algunos y causar la muerte a dos personas. Dos hombres, 5ta vez. Y lo suficientemente importante, también, como rara que persigan a la chica de un extremo a otro del país sin saber que ella no sabe nada de nada, ¿comprende?

Hubo unos segundos de vacilación por parte de Maggie y, finalmente, preguntó:

—Si no lo sabe, ¿por qué diablos la persigue?

—Porque ellos no lo creen así.

—¿No? Bueno, puede ser. Y ahora, hablando de todo un poco, ¿qué pinta usted en todo esto?

—Estoy tratando de encontrar a un asesino, linda. Creo que ya se lo dije. Sea el que sea, voy a acabar con él, y no por un microfilm más o menos.

—¿Un microfilm? Oiga, no me irá a decir que me está contando un cuento de espías, ¿verdad?

Estuve a punto de sonreír.

La muchacha era lista y fría. Con una frialdad aterradora, aunque en contraste tuviera un cuerpo capaz de derretir al mismo Polo Norte.

Me puse en pie y vi el asombro en sus grandes ojos verdes.

—No es un cuento y usted lo sabe, Maggie, sino una realidad que ya ha costado dos vidas, que yo sepa, y que puede costar la suya tam...

—¿Por qué la mía?

No había miedo en su voz, ni siquiera curiosidad, a pesar de que acababa de formular una pregunta.

Basándome en este hecho, contesté:

—Eso no soy yo quien debe decírselo, linda, sino usted misma. Ahora, como sé que no va a decirme ni mucho menos para quién trabaja, le voy a dar un recado para él. Ese microfilm lo tengo yo, ya que la chica me lo traspasó en Chicago, ¿comprende? Póngase en contacto con él y que trate directamente conmigo.

—¿Para qué? ¿Para matarle?

—No necesariamente, si no es el asesino que busco, ricura.

Hubo unos segundos de silencio, se puso en pie y me enfrentó.

—Se cree usted un tipo muy listo, ¿verdad? —preguntó.

Me vi en la necesidad de preguntar a mi vez:

—¿Por qué me dice eso, querida?

—Porque desde que empezó a hablar, no he entendido ni una sola palabra de las que me ha dicho. ¿Quiere decir que no se confunde de persona?

—Usted sabe que no, Maggie. ¿O no se llama Maggie O'Connor?

Arqueó una de sus lindas cejas en señal de asombro.

—¡Claro que me llamo Maggie! Pero Margaret Linsay y no Margaret O'Connor, como usted pretende.

—¿Puede probarlo?

Se rió en mis barbas.

—¡Apuesto a que sí! —dijo—. Espere unos segundos y se lo demostraré.

Dio media vuelta y se alejó hacia una de las puertas situadas al fondo de la *suite*. Llegaba a la misma cuando dije, sorprendiéndola:

—No se apresure, linda, que ya no hace falta.

Se volvió en redondo.

—¿Qué?

Le dediqué una de mis mejores sonrisas, le lancé un beso con la punta de los dedos y retrocedí hasta la puerta de salida.

—Buenos días, preciosa —dije, abriéndola—. Lamento haberme

equivocado. Pero ten cuidado, que algunas veces, los muertos acusan.

Salí sin darle tiempo a pronunciar una sola palabra, y cerré a mi espalda.

Descendí hasta la planta baja empleando el ascensor y apresuradamente caminé hacia mi coche. Lo saqué del estacionamiento y volví a estacionarlo en la primera bocacalle.

Y ahora corrí hacia la esquina. Al llegar a la misma acorté el paso y, pausadamente, me acerqué al bar instalado muy cerca del hotel, desde cuya barra iba a vigilar la entrada del mismo.

Si Maggie intentaba salir para tomar algún contacto, estaba lista. Claro que también podía hacerlo por teléfono, pero era un riesgo que tenía que correr aunque no me gustara.

Entré en el bar.

—*Whisky* —pedí, un segundo antes de que el solícito barman me preguntara qué es lo que iba a tomar—. Y cóbrelo, porque quizá tenga que marcharme enseguida.

Lo hizo en silencio.

Tomé el vaso y empecé a beber. Y fue precisamente en el momento de levantarlo cuando me di cuenta de que a mi lado había instalado un teléfono público.

De esos que siempre o casi siempre suele haber en los mostradores de los bares y que sólo sirven para que el que telefonea no se entere ni de lo que dice, y mucho menos de lo que le contestan, gracias a la cultura de los clientes que no suelen callar en ningún momento.

No sé por qué, pero en aquel preciso momento, el recuerdo de Mavis me golpeó el cerebro.

Instintivamente tomé el auricular y empecé a discar.

—Agencia de...

—Soy yo, preciosa, el viejo Dick —atajé, sabiendo que si no lo hacía, el rollo de mi secretaria se haría interminable—. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Dick, querido! ¿Dónde diablos te has metido hasta ahora?

No podía decirle que me había visto arrullado por los amorosos brazos de *mistress* Ruth Preston, ya que aquello era hablar demasiado claro, y contesté:

—Investigando, preciosa.

—Sí, ¿eh? Entonces, ¿qué es lo que ocurre con la pequeña *miss* McAllyson?

—¿Qué?

—Sencillamente, que no ha regresado a su casa. Su madre ha llamado varias veces; míster Blumer, su abogado, también. Están preguntando por ti cada tres minutos. Ambos saben, porque ella se lo dijo, que iba a encontrarse contigo. ¿Qué es lo que ocurre, Dick?

Se me cayó el alma a los pies.

—Dame el teléfono de los McAllyson, Mavis —dije—. Les llamaré desde aquí.

Lo hizo, tomé nota en el borde del papel de uno de los periódicos que había en la barra y añadí:

—Me pondré en contacto contigo dentro de veinte o treinta minutos, linda. En el ínterin, telefonea a la oficina de Larry, por si hay algo para mí, y al mismo tiempo para que alguien vaya al aeropuerto y trate de descubrir si aparcado en el mismo hay un coche...

Di la matrícula del automóvil de Ruth y continué:

—Que manden a alguien para que hagan eso mismo en las diferentes estaciones de Filadelfia. Si lo encuentran, que pregunten, con la fotografía de *miss* McAllyson si sacó billete o pasaje y para dónde. Esto tiene que ser dentro de esa media hora, Mavis. Es importante. Puede tratarse de un asunto de vida o muerte, y quizá el que no ocurra una desgracia irreparable dependa de nosotros.

Fue entonces cuando recordé a Morris y a Prescoe, del FBI.

En aquel mismo momento me despedí de ella, corté la comunicación y empecé a disar, pero ahora llamando a los dos muchachos del FBI.

Les dije lo que ocurría y lo que había hecho, colgué de nuevo y disqué por tercera vez, llamando a la madre de Ruth, lo que motivó que tres minutos más tarde regresara al lado de mi coche y emprendiera el camino en dirección a la quinta, mandando al diablo a Maggie O'Connor, o como quisiera llamarse, ya que en aquel momento no me importaba ni poco ni mucho.

Me estaba esperando bajo el porche de mármol blanco de su hermosa quinta y bajó los tres escalones casi corriendo cuando me vio abrir la portezuela, por lo que ambos nos enfrentamos mucho antes de que lograra salir del todo.

—¿Qué ha ocurrido con mi hija? ¿Qué ha hecho con ella, Dick?
Me dejó de piedra.

No por las preguntas en sí, sino porque me estaba llamando por mi nombre.

Acabé de abandonar el coche y la miré.

—Cuénteme lo que pasó, pero despacio, *mistress* McAllyson — dije.

Se pasó la mano por la frente, en un gesto maquinal que me recordó a Ruth, y contestó:

—Venga conmigo, Dick. Hablaremos dentro.

Me llevó al *living-room* y me indicó que me sentara.

Lo hice sin dejar de mirarla, y apenas lo hube hecho, dije:

—Vamos, tranquilícese, *mistress* McAllyson. No va a ocurrir nada. Cuéntemelo todo, ¿quiere?

Me miraba con una fijeza aterradora cuando contestó:

—Verá, Dick. Apenas usted se fue, Ruth tuvo una extraña transformación. No sé, y quizá no sepa nunca a qué achacarlo, ni tampoco pueda explicar en forma satisfactoria qué clase de transformación era ésa ni lo que significaba. Sólo que, de un modo repentino, abandonó la piscina y se me acercó, diciendo que se marchaba a Filadelfia. Al preguntar que dónde, me dijo que iba a buscarle a usted, si antes no le encontraba por teléfono. Le telefoneó delante de mí y se fue. Lo hizo riendo, como nunca la he visto reír. Llena de felicidad, según me pareció. Le preguntó qué le ocurría y me contestó que me lo diría cuando regresara. Más tarde telefoneó diciendo que se quedaba en Filadelfia. Y se encontraba con usted, ¿verdad, Dick? ¿Qué fue lo que ocurrió en Chicago?

La miré.

Se encontraba temblando, pero, aún así, dudé durante varios segundos hasta que, finalmente, contesté con la verdad.

—Nos casamos aquella misma noche, cuando ella no era nada más que una muchacha perdida en la inmensidad de Chicago. Una muchacha llamada Cora Lancaster, y no la *miss* McAllyson que conocí más tarde. Pero si me casé con ella, fue por aquel asesinato. Era la única forma de arrancarla de las garras de la policía, ¿comprende? Yo ya sabía su verdadero nombre, porque Blumer me lo dijo. Pero nunca creí que fuera una muchacha dueña de una cabaña como ésta.

No contestó a aquello, pero continuaba mirándome fijamente, como si no me hubiera visto nunca, lo que era verdad.

Finalmente, soltó una pregunta:

—¿Qué va a hacer?

Había ansiedad en sus palabras.

Consulté el reloj. Faltaba muy poco para que se cumpliera la media hora que había concertado con Mavis.

Entonces, contesté:

—Usar su teléfono si me lo permite, *mistress* McAllyson. Pero dentro de unos minutos.

—Estás en tu casa, Dick —me tuteó, sonriéndome, lo que me hizo pensar aún más en Ruth.

No contesté, con lo que el silencio se hizo largo entre los dos.

Los minutos empezaron a transcurrir lentos y pesados entre los dos hasta que, de un modo repentino, me ofreció:

—¿Deseas tomar algo, Dick?

Le devolví la sonrisa.

—Un *whisky* —dije.

Se alejó, dejándome solo.

Cuando volvió a mi lado, yo me estaba acercando a la artística mesita donde se encontraba instalado el teléfono.

CAPÍTULO X

Empecé a discar, mientras que ella, silenciosa, sin que de su hermoso rostro desapareciera el signo de preocupación que la embargaba, depositaba el vaso en otra de las mesitas.

—Hola... Agencia...

—Soy yo, Mavis —dije, atajándola, como siempre—. ¿Qué hay de nuevo?

—Encontramos su coche en el aeropuerto, Dick. Miss McAllyson, con el nombre de Cora Lancaster, viaja a bordo de un «Caravelle» en dirección a Chicago. ¿Qué hacemos, Dick?

—Vosotros, nada, linda; el resto lo haré yo —contesté, mientras que una terrible sospecha asaltaba mi mente—. ¿Algo más?

—Sí, y es importante. Larry telefoneó desde el Palas Hotel. No dijo lo que quería, pero me ordenó que te buscara donde quiera que estuvieras. Dijo que era preciso que emprendieras el camino hacia Chicago.

—Correcto, preciosa —contesté—. Y, volviendo a miss McAllyson, ¿sabes a qué hora abandonó Filadelfia?

—Hace un par de horas a lo sumo, Dick.

Vacilé unos segundos y, finalmente, dije:

—Telefonea al aeropuerto y reserva pasaje para Chicago en el próximo avión.

—¿Dónde te lo envió, Dick?

—A ninguna parte. Pasaré yo mismo a recogerlo.

—¿Algo más?

Vacilé unos segundos.

—No, nada más —dije.

—Correcto, jefe. Suerte.

Di las gracias y colgué el auricular.

Me acerqué a la mesita y, tomando el vaso, bebí casi hasta apurar el líquido. Terminaba de hacerlo cuando ella preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre, Dick? ¿Dónde está Ruth?

—Camino de Chicago, como habrá supuesto.

—Vas a ir, ¿verdad?

Bebí ahora todo el contenido del vaso y contesté:

—Sí, ahora mismo.

—Pero... Pero... Por favor, Dick, ¿por qué no me lo cuentas todo?

Me acerqué a ella, mirándole a los ojos.

¡Diablos, y qué hermosa era aquella mujer! Más, mucho más que pudiera serlo Ruth, a pesar de que, como madre, tenía mucha más edad que ella, como cosa lógica, claro.

—No puedo. No por ahora. El secreto no me pertenece. ¡Compréndalo! Lo que sí puedo asegurarle, sin temor a equivocarme, es que cuando regrese lo haré con Ruth o no volveré nunca.

Di media vuelta en redondo y me precedió hasta el porche.

Una vez allí la miré y vi que tenía lágrimas en los ojos y que estaba esforzándose denodadamente en contenerlas sin apenas conseguirlo.

Su voz también sonó ronca y por primera vez cuando dijo:

—Que tengas mucha suerte, hijo, y no lo digo precisamente por Ruth, aunque ella también entra en esto.

No contesté.

Descendí los tres escalones de mármol y me acerqué al coche. Abrí la portezuela y entré.

Medio minuto más tarde corría como un loco camino de Filadelfia. Y no obstante, aún hice una parada antes de llegar a mi oficina. Y la hice frente a la primera cabina telefónica que encontré.

Llamé al hotel donde Maggie se hospedaba.

Como esperaba, ya no se encontraba allí. Había liquidado la cuenta, marchándose en el acto sin dejar dirección alguna, por lo que regresé al coche y tomé la dirección de mi oficina.

Mavis me entregó el pasaje y, del mismo modo, sorteando peligrosamente el tráfico, me encaminé al aeropuerto.

Pensaba en el teniente Callender, del Departamento de Homicidios de Chicago, cuando tomé el reactor con destino a

aquella ciudad.

Al entrar en el avión, mi corazón sufrió un vuelco porque, sentada en una de las butacas, junto a la ventanilla, vi la hermosa cabeza de Maggie O'Connor c como quiera que se llamara aquella hermosa mujer.

Observando que a su lado no había nadie, avancé hacia allí y me senté, saludando:

—Hola, Maggie. Al parecer, usted y yo hacemos este viaje juntos, ¿no?

Sus ojos verdes me asaetaron en tanto fruncía los labios en una mueca despectiva.

—Se cree muy listo, ¿verdad?

—Eso ya me lo dijo antes, querida.

—¡No me llame de ese modo! —se sulfuró.

—¿No? ¡Pero si yo la quiero mucho, Maggie! Mire si estoy enamorado de usted, que, la estoy siguiendo, que la seguiré a donde quiera que vaya.

Volvió el rostro hacia la ventanilla y miró fuera cuando ya el avión se estaba deslizando sobre la pista, y no contestó.

Admiré su bello perfil, riendo para mí.

Saqué el paquete de cigarrillos una vez que dieron permiso para fumar y pregunté:

—¿Quiere un cigarrillo, Maggie?

—Ojalá se muera, Preston —estalló.

Pero alargó la mano para tomarlo.

Le di fuego y sonreí.

—Dígame, Maggie, querida, ¿a qué va a Chicago?

Me lanzó una bocanada de humo a la cara y contestó:

—Eso, pesquisa, es algo que a usted no le importa.

Me sorprendí.

Estaba completamente seguro de que yo, en mi anterior entrevista con ella, no le había dicho cuál era mi profesión. ¿Cómo lo sabía?

La miré.

De pies a cabeza, si es que esto se puede hacer cuando uno está sentado cómodamente en la butaca de un avión y la persona a la que se mira se encuentra en igual posición, hasta que mis ojos tropezaron con su bolso.

¿Qué llevaba allí? ¿Una automática? Era lo más seguro.

Sentí tentaciones de tomarlo entre mis manos. Luché contra ello por espacio de más de treinta largos segundos y, finalmente, lo hice.

Casi en el acto, los ojos de ella me miraron.

—Lo que yo dije, pesquisa: es usted un tipo listo. ¿Cómo sospechó que ahí dentro va una automática?

Me encogí levemente de hombros.

—Cosas de la vida, ricura —contesté—. ¿Para qué la quiere?

La respuesta fue enormemente fría.

—Quizá para volarle los sesos a un entrometido, Preston.

—¿Lo dice por mí? —pregunté, lleno de ironía.

—Tal vez. ¿O no sabe que no me gusta usted ni la que representa?

—¿No?

—No. De ningún modo.

—¿Por qué, linda? ¿Es que tiene miedo que la entregue a la policía?

—¿Por qué he de tenerlo, pesquisa? ¿Qué adelantaría con ello? ¿Qué probaría? ¿Que llevo un arma en el bolso? Tengo permiso para ello.

—No lo dudo —contesté—. Pero le apuesto algo a que no lo tiene para trasladar microfilms de un lado para otro.

Me sonrió.

Fue la primera vez que lo hizo desde que nos encontrábamos volando, y sentí cosquillas hasta en la planta de los pies.

—No. Confieso que para eso no lo tengo, Preston. Ésa es la verdad. ¿Pero qué prueba esto? Delante de un tribunal, nada, por la sencilla razón de que usted, en concreto, tampoco tiene nada contra mí. Sospechas, Dick, sólo sospechas que no conducen a nada. Ande —me desafió con los ojos, brillantes—, ¿por qué no llama a la azafata o, en su defecto, entra allí, en la cabina del telegrafista y envía un cable a la policía de Chicago para que me detenga? Diga, ¿por qué no lo hace?

Tenía razón, pero no por lo que ella creía, sino porque aquéllas no habían sido las instrucciones que me dieran Prescoe y Morris. Era la primera vez que el FBI se mezclaba en un caso mío, o viceversa, y por no sentar un precedente, deseaba ser un buen chico.

—¿Tiene miedo, Preston?

—Sí, linda, pero no por lo que usted crea —dije, en tono ligeramente burlón—. Tengo miedo de usted y de mí. Es demasiado hermosa para... para... no...

—¡No siga por ese camino, Preston! —me interrumpió en tono helado—. O le volaré los sesos antes de que aterricemos en Chicago.

—Eso quiere decir que, de todos modos, más tarde o más temprano, lo hará, o por lo menos intentará hacerlo, ¿no?

—¿Cómo lo sabe, mi vida?

Se ponía a la altura de las circunstancias, y aquello me agradó.

—No lo sé, querida, pero lo presumo. El amor entre los dos tiene que ser violento o no sería amor, ¿verdad?

Agrandó los ojos.

—¡Diablos, Dick, querido, no había pensado en ello!

Aplasté la punta del cigarrillo contra el cenicero y no contesté. No en la forma que ella esperaba.

—Dígame, Maggie, ¿quién le paga a usted para que me mueva de un lado a otro?

Arqueó ambas cejas.

—¿Llevando microfilms?

—¿Por qué no, querida?

Vaciló unos segundos.

—Se sorprendería si lo supiera, Preston.

Así, con aquella tranquilidad, con aquel cinismo. Con aquella fría calma.

—¿Por qué no me lo dice, a ver si me sorprende, ricura?

Me miró llena de interés, entornando las rizadas y largas pestañas, velando, por tanto, el brillo que había en sus ojos.

—Dick —exclamó—, usted está tratando de decirme que sabe muchas cosas cuando en realidad no sabe nada. Por favor, querido, tengo sueño, ¿comprende? Por tanto, si quiere dejarme tranquila durante unas horas, se lo agradeceré.

Tendió la butaca hacia atrás y se retrepó contra el respaldo. Cerró los ojos y recordé a Ruth.

Y al recordarla, me dije a mí mismo que si la hermosa mujer que llevaba a mi lado tenía algo que ver con aquello, si a Ruth le ocurría lo irreparable, Maggie tendría, a partir de aquel momento, las horas contadas, ya que la mataría tan pronto como me la

tropezara.

La miré.

Maggie continuaba con los ojos cerrados, pero sabía que no dormía. Que no lo haría por lo menos hasta llegar a Chicago, y me dispuse a no dormir yo tampoco.

Me dediqué a pensar.

¿Quién me esperaba en Chicago al descender del avión?

Miré a la que fingís dormir a mi lado.

Nadie. Seguramente nadie, ya que ella no había tenido tiempo material para avisar a alguno de sus secuaces, por la sencilla razón de que no sabía que yo iba a emprender aquel vuelo.

Claro que esto era pensar en hipótesis. Podía haberlo hecho si estaba enterada de que Ruth había abandonado su quinta de Filadelfia, horas antes, con objeto de volar también hacia la ciudad del lago Michigan.

Pero ¿lo sabía?

No estaba seguro de ello, y a decir verdad, no estaba seguro de nada. Es decir, sólo de una cosa: de que a partir del momento en que el avión aterrizara en el aeropuerto de Chicago, no me iba a descuidar ni un solo segundo.

No me iba a descuidar ni dentro del avión.

Por tanto, lancé una nueva mirada a Maggie y, entonces, con disimulo, pasé la «Lugger» de la funda de la axila al bolsillo de la americana y encendí un nuevo cigarrillo, mientras el aparato, impulsado por los dos turborreactores, cruzaba el espacio a velocidad casi supersónica.

* * *

Me estaban siguiendo.

Aquello solo quería decir dos cosas: que Maggie había sido lo bastante lista para avisar a Chicago de mi problemática llegada, y que estaba enterada de que Ruth había efectuado el mismo viaje horas antes.

Por tanto, nada mejor que avisar que creía que tan pronto como yo me diera cuenta de esto, emprendería el vuelo hacia aquella ciudad.

También había algo más.

Por el momento no deseaban matarme, y creía saber por qué. No estaban seguros si era yo o se trataba de Ruth quien tuviera el microfilm. Se iban a limitar a vigilarme estrechamente, sin atacar, hasta que estuvieran enterados de todo.

En el interior del taxi que me conducía hacia el Palas pensaba en todo aquello en tanto que, de vez en vez, el nombre de Ruth me golpeaba la mente como si se tratara de un martillo pilón.

Ella había tomado pasaje en Filadelfia bajo el nombre de Cora Lancaster, y aquello, para mí, resultaba extraño; pero, en contraste, me decía con absoluta claridad que iba a hospedarse en el mismo hotel de la vez anterior.

Por otra parte, Larry también se encontraba allí, y eso era lo mejor de todo.

Al llegar a este punto de mis pensamientos miró hacia atrás.

El largo coche que nos perseguía continuaba detrás nuestro.

Y no hice nada para avisar al taxista de aquella anomalía para que aumentara la velocidad de la carrera tratando de despistarlo.

Nada. No hice nada. Simplemente, me dediqué a encender un cigarrillo y a continuar pensando hasta que, de un modo repentino, la voz del conductor me sacó de ellos.

—Hemos llegado.

Efectivamente, frente a mí vi los letreros luminosos del Palas, y, sin poderlo evitar, sonreí pensando en Ruth, mientras me preguntaba si al verme de nuevo me recordaría.

Y si era así, recordaría a cierto cadáver. Y recordándolo, ¿por qué había ido a hospedarse allí?

Descendí del taxi sin haber podido darme una respuesta satisfactoria, ya que no la había.

Atravesé el espacioso *hall* del Palas y me acerqué al *comptoir*, en tanto que uno de los botones se me acercaba en solicitud de mi maleta.

Se la dejé mientras encaraba al tipo que había instalado al otro lado del semicircular mostrador.

—¿Se encuentra en el hotel *miss* Lancaster? —pregunté.

El empleado me lanzó una fugaz mirada y luego consultó el libro registro. Acto seguido miró hacia atrás, hacia el casillero correspondiente, y, finalmente, me miró a mí.

Entonces pareció reconocermme, ya que sonrió de oreja a oreja.

—Bien venido a este hotel, míster Preston —dijo—. Su esposa está arriba. En la misma *suite* que ocupó anteriormente.

Me quedé de una pieza.

Ni malas caras, ni un solo gesto de desagrado, y lo que era aún mejor, o quizá peor, según se mirara, es que no hizo una sola mención a cierto cadáver.

Aquello solo podía significar una cosa: la intervención del teniente Callander.

Di las gracias, hice una seña al botones y le precedí hasta el ascensor, y de éste hasta la *suite* que ella ocupara con anterioridad y en la cual había aparecido el cadáver de un hombre.

En la misma puerta indiqué al botones que dejara la maleta, le di la consabida propina y esperé a que se fuera.

Sólo entonces llamé con los nudillos.

Un par de veces.

Luego, la puerta se abrió, enmarcándola en el umbral.

Por espacio de varios segundos nos miramos fijamente a los ojos, en silencio, hasta que, de un modo repentino, Ruth se apartó a un lado.

—Pasa, Dick —musitó, en un leve susurró.

Lo hice y ella cerró a nuestra espalda.

Volvimos a mirarnos. También en silencio. Luego, como obedeciendo a un impulso incontenible, ella se lanzó a mis brazos con un pequeño e inarticulado grito.

—Dick... ¡Oh, Dick! ¿Por qué me has dejado sola tanto tiempo? Días y días, Dick, querido...

No recordaba nada. Aquello era todo.

Pero yo no tuve tiempo de pensar más, ya que apenas pronunciar aquellas palabras, Ruth me echó los brazos al cuello y casi al instante noté sobre los míos el fuego que había en sus labios, rojos y sensuales.

Luego, el mundo fue exclusivamente de los dos.

Al separarnos, mucho después, ella preguntó, poniéndome en un brete:

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Dick? Con la policía, ¿verdad?

Inicié una sonrisa para salir momentáneamente del paso y pregunté a mi vez:

—¿Te han molestado a ti, querida?

—No, Dick. Y eso te lo debo a ti.

Nos miramos a los ojos.

Ojos negros, profundos y desasosegantes. Brillantes, con un oculto y extraño fuego que yo no le había visto nunca.

Como si adivinara que intentaba escudriñar su mente, sin conseguirlo, claro, añadió:

—Yo no le maté, Dick. Las cosas ocurrieron tal y como te las conté. Alguien, desde no sé dónde, quizá desde aquí mismo, disparó contra él cuando luchaba conmigo.

Aquello me daba pie para una pregunta, y la formulé:

—¿No has conseguido averiguar dónde le conociste hasta ahora, linda?

—No, Dick. La verdad es que no consigo recordar nada. ¿Por qué me atacaría? ¿Por qué me llamó Donna en vez de Cora, que es mi verdadero nombre?

Podía contestarle con la verdad. Podía, incluso, contarle muchas cosas que la sorprenderían o que le producirían un fuerte *shock*, pero no lo hice, ya que no sabía si para ella aquello resultaría contraproducente.

—Eso es algo que estoy tratando de averiguar, linda —fue lo que dije.

Pensaba al mismo tiempo en el microfilm que ella debía tener. ¿Dónde diablos lo había escondido? ¿Y cómo demonios se lo iba a preguntar?

—¿En qué piensas, Dick?

Su pregunta me sorprendió.

—En muchas cosas al mismo tiempo —contesté—. En tantas, que si quieres que te diga la verdad, me han hecho un verdadero lío.

Me sonrió y se lanzó a mis brazos, una vez más.

Sobre las nueve de la noche descendimos al comedor sin que en el ínterin hubiera podido averiguar nada de lo que deseaba.

Nos sentamos a una apartada mesa, mirándonos a los ojos, y hablando en susurros en espera de que nos sirvieran la cena.

Allá al fondo, junto a la ventana, vi a Larry y capté la disimulada seña que me hizo.

Deseaba hablar conmigo.

Correcto, yo también. Ahora, lo que no sabía, ni mucho menos, es que a partir del momento en que fui a verle, las cosas iban a precipitarse de un modo que...

Aquello correspondía a capítulo aparte, por lo que, sin pensar en nada, ya que no podía hacerlo porque no sabía lo que sucedería horas o minutos más tarde, me dediqué a devorar la cena en unión de Ruth.

Una extraña mujer que padecía ataques periódicos de amnesia.

CAPÍTULO XI

—Me llevarás a cualquier parte a bailar, ¿no, Dick?

La miré.

Pedía toda ella, por lo que sentí tener que desengañarla. Larry deseaba hablar conmigo. Me estaba esperando desde hacía horas. Desde el mismo momento en que telefoneó a Mavis.

Por tanto, contesté:

—Cora, ¿por qué no lo dejamos para mañana noche? Compréndelo. Llevo un montón de horas yendo de un lado para otro. Cuando no es la policía son...

Vi la decepción en sus bellos y profundos ojos negros, pero aun así me sonrió.

—Lo que tú quieras, Dick. ¿Nos vamos a dormir?

Aquello era lo mejor, aunque no por lo que ella creía.

—Sí —dije—. Llevo un montón de horas sin hacerlo.

No mentía al afirmarlo, pero no podía decírselo. Como no podía comunicarle que quizá aquella noche tampoco iba a poder conciliar el sueño.

De pasada, cuando subíamos a nuestras habitaciones, vi cómo Larry se levantaba de la mesa que ocupaba y salía detrás de nosotros, con lo que entramos juntos en el ascensor.

Aprovechando un descuido de Ruth, le hice una seña para que supiera que le había comprendido, y ante mi estupor, y ya en el pasillo, vi cómo entraba en la *suite* que yo ocupara con anterioridad.

O sea, la contigua a la que ocupaba ahora con Ruth.

Los dos entramos, sin volver la vista atrás, y por no perder la costumbre, fuera de miradas indiscretas, caímos el uno en brazos del otro sin que aún ahora sepa quién de los dos fue el que inició el primer movimiento.

Dormía plácidamente a mi lado cuando me lancé de la cama al suelo, procurando hacer el menor ruido posible.

Me vestí del mismo modo. Ajusté las correíllas con la funda sobaquera bajo mi axila izquierda, me puse la americana, dejando la «Lugger» donde la llevaba.

O sea, dentro del bolsillo de aquélla.

Andando de puntillas, siempre ante el temor de que se despertara, atravesé el dormitorio, crucé la puerta y, alcanzando la que daba acceso al pasillo, me encaminé hacia la habitación que ocupaba Larry.

Llamé pulsando el zumbador.

Dejé transcurrir unos segundos sin que respondiera a mi llamada, y lo pulsé por segunda vez con el mismo resultado. Y fue entonces cuando mi corazón empezó a latir en forma desacostumbrada.

Y llamé por tercera y última vez, con idéntico resultado.

Sólo entonces introduje la mano en el bolsillo trasero del pantalón y saqué un manojito de ganzúas.

Un minuto más tarde abrí la puerta, actuando por mi cuenta y riesgo, con el deseo expreso de no alarmar al hotel. Después de todo, a pesar de su seña, Larry podía haberse visto precisado a abandonar el hotel.

No fue así.

Creo que lo comprendí apenas entrar en la *suite*, y al darme cuenta de que todas las luces del interior estaban completamente encendidas.

Empecé a buscarle llevando la mano dentro del bolsillo derecho de la americana, acariciando nerviosamente la fría culata de la «Lugger».

Tardé poco en encontrarle.

Simplemente, el tiempo que empleé en entrar en el dormitorio.

Larry se encontraba caído boca arriba, mostrando en el centro de la frente un negro agujerito, del cual había manado una simple gota de sangre.

Me acerqué, llevando la muerte en el alma.

¡Larry! ¡El gran Larry había encontrado la muerte por mí, y en

Chicago! Lejos de su casa, de su oficina y de lo que era su trabajo habitual de rutina.

Entre dientes, maldije a Ruth.

Era un contraste, pero lo hice, porque aún hoy creo que no podía hacer otra cosa.

Lentamente me acerqué sin sacar la mano del bolsillo de la chaqueta y le examiné.

Luego, lo mismo que un loco, registré toda la *suite* hasta que encontré lo que buscaba, sabiendo que Larry no se habría ido al otro barrio por lo menos sin dejar tras sí una clara pista.

Lo había hecho.

El pequeño magnetofón era la prueba de ello.

Le encontré bajo la cama, girando y girando, hasta que lo detuve. Luego lo hice girar a la inversa y lo puse en marcha.

Unos segundos más tarde llegaba hasta mí la clara voz de Larry y la de su acompañante, y al oírla no pude evitar soltar un respingo.

Luego escuché aquella conversación entre los dos hasta que, finalmente, y con perfecta claridad, a mis oídos llegó el apagado «ploff» de una automática provista de silenciador, y el magnetofón calló.

Lo detuve, corté la cinta, sacando el pequeño rollo, y lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón junto a las ganzúas.

Una vez más miré en torno, por si me había dejado algo atrás. A mi propio juicio, no era así, por lo que me acerqué al teléfono y levanté el auricular.

Casi al instante oí la voz de la encargada de la centralita.

—¿Dígame?

—Con la policía, linda.

Oí cómo contenía la respiración.

—Oiga, ¿qué es lo que ocurre?

—Con la policía —atajé—. Vamos, rápido.

Di el número de la habitación y esperé.

Fue cuestión de segundos, ya que casi al instante hasta mí llegó la inconfundible voz del teniente Callender.

—Policía. ¿Dígame?

—Soy Dick Preston, teniente...

—¡Cuernos! —me atajó, evidentemente sorprendido—. ¿Desde dónde llama? No será desde aquí mismo, ¿verdad?

—Pues sí. Me encuentro en el Palas y acaba de cometerse un asesinato.

—¡Qué día...!

—Deje al diablo en paz y venga tan pronto pueda, teniente. El asunto es importante. Vamos, le espero.

Colgué antes de que pudiera contestarme con alguna cosa y pensé en Ruth, que descansaba en la habitación contigua.

En cómo se sentiría cuando se despertara y no me encontrara a su lado.

Me aparté de la mesa donde se encontraba el teléfono y empecé a acercarme al cadáver de Larry, notando que, a medida que lo hacía, el sentimiento de venganza que había en mi interior crecía y crecía por momentos, amenazando con hacerme estallar lo mismo que a una bomba con espoleta retardada.

Apenas di dos pasos cuando, de un modo repentino, la puerta se abrió de par en par a consecuencia de un violento empujón, y entonces les vi.

Eran tres.

Dos tipos grandes, pesados, como dos mastodontes antediluvianos, y Maggie O'Connor.

Fue ella la que cerró la puerta a su espalda, se llevó la mano al bolso mientras decía:

—Vamos, muchachos, hay que sacarle de aquí.

Los dos cargaron contra mí, en tanto ella extraía la automática.

Disparé desde el bolsillo de la americana, pensando en Larry, cuyo cadáver yacía a mis pies.

La explosión de la «Lugger» conmovió el Palas hasta sus cimientos.

En el acto vi cómo uno de los dos se detenía en seco, el negro orificio que de súbito apareció en su mente y cómo se desplomaba lanzando un alarido impresionante.

Luego me alcanzó el puño del otro y me vi estrellado contra la pared. Me deslicé al suelo, vi cómo venía hacia mí, pero yo, al caer, había sacado la mano del bolsillo de la chaqueta.

Fue un movimiento instintivo que nada tenía que ver con los dictados de mi cerebro y que fue mi perdición, ya que, a pesar de verle venir en mi contra, como ya he dicho, no pude hacer nada, y eso que encogí las piernas balleándolas a continuación.

Le di en pleno pecho, pero aquello era como intentar mover una montaña.

A continuación recibí otro golpe, luego otro y otro más hasta que, con la mente enturbiada, traté de llevar la mano al bolsillo de la americana. Confusamente oí gritar a Maggie y luego ya no supe más.

Algo me golpeó: fuertemente en la cabeza y mi último pensamiento consciente fue para Ruth.

La extraña muchacha que me había metido en todo aquel horrible lío.

Cuando recobré el conocimiento, tal vez horas más tarde, ya no me encontraba en el hotel, ni mucho menos.

Cómo habían logrado sacarme del mismo antes de que llegara el teniente Callender con la policía era para mí un misterio.

Pero no lo eran tanto los motivos por lo que me habían llevado al lagar donde me encontraba. Iban a matarme. Lo sabía, estaba seguro de ello desde mucho antes de lanzar una mirada en torno y ver al mastodonte aquél y a la bella y querida Maggie, ambos con las automáticas en las manos, y apuntándome, por si fuera poco.

—¿Sorprendido, querido?

—No tanto como tú crees, linda —la tuteé.

—¿No? ¿Puedo saber por qué?

—Vi cuando me seguían desde el aeropuerto hasta el hotel, pero no creí que me atacarían tan pronto.

—Esa confianza es la que te ha perdido —me tuteó a su vez—. Sólo a un imbécil se le ocurre confiarse con una mujer cuando se sospecha de ella lo que sospechabas de mí.

Mentalmente le di razón, aunque fue solo en parte. La verdad es que a la vista del cadáver de Larry me había olvidado de todo.

Miré en torno sin replicar.

Me habían llevado a una cabaña. Una hermosa cabaña posiblemente situada a la orilla del lago Michigan. Si era así, ya sabía por qué. Estaban seguros de que iban a sacarme dónde se encontraba el microfilm de marras. Luego, en una canoa, lago arriba hasta alcanzar el Hurón y desde allí hacia North Channel, y luego, posiblemente, a Ontario, ya en pleno territorio del Canadá.

Una bonita vía de escape que muchos, antes que ellos, habían utilizado para escapar de la justicia de los Estados Unidos de

América.

Repentinamente, mis ojos tropezaron con la mesa, y los detuve allí. Maggie debió seguir mi mirada, ya que preguntó casi en el acto:

—¿Qué hay en esa cinta, Dick?

La miré, sabiendo que se trataba de la cinta magnetofónica en la cual Larry me decía sin lugar a dudas quién había sido su asesino.

—No lo sé —dije.

—¿No? Pues tú la llevabas en el bolsillo.

—¡Ah! ¿Te refieres a ésa? Bueno, mi secretaria me la dio en Chicago conjuntamente con el pasaje del avión. Aun no sé lo que verdaderamente contiene.

No me contestó a aquello.

Miró a su forzado acompañante, me miró a mí y preguntó:

—¿Dónde está ese microfilm?

Arqueeé una ceja preguntándome qué iba a ocurrir a continuación.

—No lo sé. No lo he visto en mi vida.

—¿No, querido? Pues tú me aseguraste en Filadelfia que lo tenías. ¿Por qué mentiste? ¿O es ahora cuando estás mintiendo?

Contesté con otra pregunta, soslayando de ese modo la respuesta de la que ella formulara:

—¿Qué esperamos aquí, linda?

Cayó en el lazo casi al instante.

—¡Ah! ¿Pero no lo sabes?

—No.

—Estamos esperando una visita que no tardará en llegar. Veremos si cuando la veas te muestras tan reacio a decirnos dónde se encuentra ese microfilm.

¡Ruth!

El nombre de la deliciosa chiquilla estalló dentro de mi mente, produciendo en ella los mismos efectos devastadores de una granada.

—¿Qué intentas decirme, Maggie, querida? —pregunté con un bien fingido tono de despreocupación.

Pero no se dejó engañar por ello.

Era demasiado lista para hacerlo.

—Eso, Dick, vida —contestó—, ya lo veremos cuando llegue la

hora. Entretanto, ¿para qué voy a adelantarte acontecimientos si no me vas a hacer caso?

—¿Y tengo que esperar mucho, querida?

No se dignó contestarme. Por ella lo hizo el mastodonte.

—¡Cierre el pico de una vez, pesquisa! ¿Entiende?

Lo entendía perfectamente, y, por tanto, callé.

A partir de entonces, los largos minutos transcurrieron para mí en forma desesperante, hasta que oí el coche.

Un coche que se detuvo frente a la puerta de entrada de la lujosa cabaña del motel.

Pensé que aquello era el fin, cuando la puerta se abrió, dando paso a Ruth y dos personas más.

Pero a una Ruth desconocida para mí.

La habían golpeado.

Su rostro, en la mayoría de los lugares, iba tomando un color morado, que pronto se convertiría en negro. Tenía los labios partidos y en los hombros y brazos, también presentaba algunas moraduras.

Andaba como una autómatas, semiinconsciente, ayudada por otro gorila, mientras que a su lado, completamente impasible, si no se tenía en cuenta la sonrisa que bailoteaba por entre sus labios, el abogado Blumer clavaba sus ojos en mí.

Noté que la sangre se me subía a la cabeza, convirtiéndome en pólvora, y me puse en pie.

Casi en el acto oí la voz del mastodonte que acompañaba a Maggie:

—Siga donde se encuentra, y tranquilo, pesquisa, o a la chica le ocurrirá una desgracia.

Me inmovilicé, pero no me senté.

Entretanto, como si no hubiera oído nada, el gorila que la acompañaba hizo sentar a Ruth en una de las sillas y luego se apartó a un lado.

La miré. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad.

Luego miré a los demás, seguro de que de allí no iba a salir con vida, pero al mismo tiempo con el pleno convencimiento de que aquella noche iba a matar a alguien.

Y ese alguien era, posiblemente, Blumer. El abogado de la familia McAllyson.

El causante de todo aquello.

De nuevo miré a Ruth.

Continuaba respirando con dificultad y se mantenía con los ojos completamente cerrados.

Al mirar nuevamente a Blumer, pregunté:

—¿Quiere decirme qué significa esto?

—¿No lo sabe? Pues si es así, le creí más listo, Preston.

Claro que lo sabía. La cinta magnetofónica contenía la conversación sostenida entre Blumer y Larry, segundos o minutos antes de que aquél le asesinara.

—Se equivocó, Blumer —contesté—, porque, en realidad, soy muy torpe. Por tanto, le ruego me diga lo que deseo saber.

Amplió la sonrisa.

—¿Por qué no? —preguntó—. Claro que lo haré, ya que de esta cabaña no va a salir con vida; ni usted, ni ella.

Me estremecí sin poderlo evitar.

—¿Y bien?

—Se trata de ese microfilm. *Mistress* Preston se niega a decirnos dónde se encuentra, ¿comprende? Ahora, si usted lo hace también, voy a sentirlo, pero a Ruth no le va a agradar mucho lo que vamos a hacer con ella, y apuesto doble contra sencillo que a usted tampoco.

Vacilé en dar la respuesta.

Cuando lo hice no mentí, aun a sabiendas que no me iba a creer.

—No sé dónde se encuentra —dije—. No le he visto en mi vida. Ni siquiera tenía noticias hasta que dos hombres del FBI me lo dijeron.

Blumer arqueó las dos cejas y supe que con aquello le había impresionado un poco, pero no lo suficiente.

—¿El FBI? —preguntó.

—¿Por qué no? Ellos seguían la pista del microfilm y, por tanto, no tuvieron mucho trabajo para relacionarlo con el asesinato ocurrido en el Palas y conmigo, ya que encontraron mis huellas dactilares por todas partes, tanto en el dormitorio de Ruth como en el mío.

Se quedó pensativo mientras los otros guardaban silencio.

Ruth tampoco cambiada de postura.

Era como si no se diera cuenta de nada, como no nos oyera. Pero

¿era verdad?

No tuve tiempo de contestarme a la pregunta, ya que en aquel entonces, el propio Blumer rompió el silencio que nos envolvía.

—Todo eso está muy bien, Preston. Extraordinariamente bien. Ahora, ¿quiere decirnos dónde lo ocultaron?

—Ya he respondido a esa pregunta, Blumer. Por otra parte, si lo supiera, ¿qué adelantaría con decirlo? Nada, como no fuera un balazo entre los ojos, ¿no? Usted tiene esa costumbre, abogado.

—Muy listo —comentó.

Hizo una ligera pausa y añadió:

—Podía adelantar algo, pesquisa. Por ejemplo, que a su esposa no le ocurriera más de lo que le ha ocurrido. Es decir, que muriera sin un solo gesto de dolor, igual que usted. Incluso le permitiré que la tenga en sus brazos aunque sólo sean segundos.

Miré a Ruth.

¿Qué podía hacer? Nada. Absolutamente nada, ya que, respecto al lugar donde pudiera estar oculto el microfilm, no tenía ni la más ligera idea.

—No lo sé, Blumer —dije—, y le estoy diciendo la verdad.

No me contestó, pero hizo una seña al killer que le acompañara hasta allí.

Aquéel empezó a acercarse a Ruth, y en aquel preciso momento supe que aquello era el final de todo.

El tipo la tomó por los hombros, tiró hacia arriba y la puso en pie. Ruth gimió un segundo antes que la alcanzara la bestial bofetada que la lanzó contra la pared.

Entonces, sin reparar en las consecuencias de mi acto, fríamente, medí la distancia y me lancé en plancha hacia los pies de Maggie, abrazando sus lindas piernas en tanto que ella apretaba el gatillo.

La bala me erró por muy poco, pero ya no me preocupó la siguiente, porque ambos nos encontrábamos rodando, luchando por la posesión del arma que ella empuñaba, y lo hicimos en el momento justo en que la puerta se abría aún con más violencia que cuando la abrió Blumer.

Luego, el interior de la lujosa estancia se convirtió en infierno dantesco cuando las metralletas se unieron al tronar de las armas cortas, hasta que todo acabó unos segundos más tarde.

Sólo entonces me di cuenta de que el motel estaba invadido por

la policía y por los hombres del FBI, y corrí en dirección al cuerpo desmadejado y roto de Ruth.

* * *

Miré a Ruth.

En el interior de su dormitorio, en su quinta de Filadelfia, tres días después de su traslado desde Chicago hasta allí.

Estaba tendida en su cama, tranquila, fría y lejana, con los negros ojos fijos en el techo, con una impasibilidad asombrosa en su rostro, del cual, y poco a poco, iban desapareciendo las moraduras.

Todo esto lo advertí desde la puerta, donde me detuve para contemplarla, como lo había hecho durante aquellos tres días.

Luego entré, cerrando a mi espalda.

El ruido de mis pasos le hizo apartar los ojos del techo y fijarlos en mí. Entonces, como antes, se pasó la mano por la frente y ya no los apartó hasta el momento en que me vi a su lado.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté, sin tutearla.

En su boca apareció su bonita sonrisa, pero en el acto hizo una mueca cuando la piel se le atirantó en los labios, y dejó de sonreírme en seco.

—Mejor, mucho mejor —dijo en un susurro.

Me detuve muy cerca, mirándola, sin saber qué decir ni qué hacer. Sin saber si recordaba o no. Sin saber...

Ruth me interrumpió al llegar a este punto de mis pensamientos.

—¿Quién es usted? ¿Dónde le he visto antes?

Sonreí, pero en mi sonrisa había una poca de tristeza.

En aquellos tres días, Ruth había tenido momentos de lucidez. Había sido la muchacha que yo conocí allí mismo, en la piscina, llevando un bikini negro, pero los demás momentos habían sido como el de ahora.

Sin que recordara nada.

—¿Y usted? —dije sin tutearla—. ¿Cómo se llama? ¿No lo recuerda?

Se mantuvo en silencio, mirándome fijamente, durante mucho tiempo. Luego, con el mismo gesto maquinal que yo tan bien conocía, se pasó la mano por la frente.

—Cora... Cora Lan... —se interrumpió, abrió mucho los ojos y

añadió—: ¡Oh, no! No, claro que no. Yo... Yo me llamo Ruth... Ruth McAllyson. Y usted... Eres mi marido, ¿verdad?

Asentí en silencio.

Ruth se mantuvo unos segundos con los ojos fijos en los míos y luego los desvió hacia la pared opuesta sin pronunciar una sola palabra más.

Esperé un minuto, dos..., y a continuación di media vuelta y abandoné el dormitorio en silencio, sin que ella dijera nada ni hiciera el menor gesto para impedirlo.

Mistress McAllyson estaba en el *hall*, sentada en uno de los sillones, teniendo a su lado una mesita y dos altos vasos, una botella y una pequeña cubetita con cubitos de hielo.

Me dedicó una sonrisa, indicándome que me acercara. Lo hice y me ofreció el otro sillón.

—Vamos, Dick —dijo—, siéntate a mi lado y toma un *whisky*. A juzgar por tu cara, veo que te está haciendo falta.

No repliqué, y me serví una generosa ración de escocés sin soda alguna. Puse dos cubiertos de hielo, tomó el vaso, bebí un poco y la miré a los ojos, en silencio.

Un silencio que duró lo que yo tardé en romperlo.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, *mistress* McAllyson?

Cinthya McAllyson me sonrió unos segundos antes de tomar la palabra.

—¿Por dónde quieres que empiece, Dick?

—Por el principio. Por Blumer. Cómo es que era el abogado de esta familia.

—Ruth le contrató, Dick.

—¿Qué?

—Ella sabía desde hacía tiempo que, además de ser uno de los abogados más famosos de Filadelfia, también era un agente doble.

Solté un respingo.

—Explique eso, ¿quiere?

Volvió a sonreír.

—Si te callas y dejas de interrumpirme, te lo contaré.

Asentí con un leve movimiento de cabeza y ella prosiguió:

—Antes de que a Ruth le dieran esos ataques de amnesia, ella pertenecía al Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos, pese a su juventud. Su conocimiento de varios idiomas, que escribe, habla

y lee correctamente, le abrieron pronto aquellas puertas. Por aquel entonces, Blumer trabajaba también en el servicio de contraespionaje, hasta que, de un modo repentino, empezaron a sospechar de él como agente doble con una potencia extranjera, ¿comprendes? Pero jamás se le pudo probar nada. Ahora, en la paz, siendo abogado como era, Blumer instaló sus oficinas en Filadelfia, donde se le vigilaba discretamente. Y Ruth le contrató como abogado de la familia, aunque esto último sólo lo he sabido ahora, cuando los muchachos del FBI y del Departamento de Defensa me lo han contado. Ruth, como digo, le contrató para de este modo poder vigilarlo de cerca, ya que Blumer tenía contacto con altos personajes del Estado y acceso a lugares que hasta tú te asombrarías si supieras cuáles eran.

»Conocía a varios de los personajes de Cabo Cañaveral y del Departamento de Defensa, así como, abogado criminalista, también conocía a infinidad de gentes extrañas, lo que para él significaba unas buenas fuentes de información. Pasó el tiempo sin que nada ocurriera hasta que, de un modo repentino, y de resultas de una caída, Ruth empezó a hacer cosas extrañas. Al principio no le di importancia, hasta que, en una de sus escapadas, cuando volvió, sin ton ni son empezó a hablar de hombres. Le hice algunas preguntas y fue la primera vez que me miró con expresión dolorida, como la de un conejo asustado, o como la de un pequeño animalito perdido en el bosque, contestándome que no lo recordaba. Que no se acordaba de nada. Me asusté, y confieso que hizo falta otra nueva escapada antes de que ella diera su consentimiento para ir al siquiatra. Se puso en cura, pero el médico confiaba más en el tiempo que en otra cosa. En concreto, de cierto sólo había una cosa: que debíamos dejarla ir. Aunque la viéramos cuando se marchaba, no debíamos interferir de ningún modo, ya que el hacerlo, en esas condiciones, cuando ella adquiriría su otra personalidad, una distinta cada vez, podía ocasionarle algo irreparable.

»Luego ocurrió lo de Miami. Allí conoció a otro hombre, al que asesinaron. Éste le entregó un pequeño rollo de película, y según el siquiatra, a pesar de que ella, en aquel momento, no era Ruth McAllyson, a la vista de aquello, algo se despertó en su subconsciente, por lo que lo ocultó rápidamente y negó saber nada cuando fue interrogada por la policía. Aquella misma noche tomó

un avión y regresó a casa, ya con su verdadera personalidad, para volver a escaparse otra vez. Fue entonces cuando interviniste tú, Dick. Y ahora creo que el resto ya lo sabes, ¿no?

La miré fijamente y contesté:

—Aún queda algo, *mistress* McAllyson.

Arqueó una ceja.

—¿Sí?

—Siendo quien era Blumer, ¿cómo diablos se le ocurrió contratarme a mí, y mucho más, sabiendo como sabía quién era Ruth en realidad cuando no padecía uno de sus ataques?

—No fue él quien te contrató, sino yo. Tomé al azar tu nombre de la guía, le llamé y le ordené que se pusiera en contacto contigo. Como abogado de la familia, así lo creía yo en aquel momento, empezó a darme consejos para que desistiera de ello, pero mi amor de madre pudo más, y, por tanto, no tuvo más remedio que cumplimentar mi orden haciendo lo que hizo Ruth con él. Era mucho mejor tener el enemigo en casa y saber quién era desde un principio. Por tanto, fue tras tuyo, se puso en contacto con uno de sus hombres y le mandó en busca de Ruth con objeto de que la obligara a decirle dónde se encontraba el microfilm. Empezaron a luchar, te oyó llegar y mató a su propio secuaz con objeto de comprometeros a los dos. A pesar de tu matrimonio con Ruth, lo hubiera logrado si no hubiera sido por las huellas digitales de ella, que al comprobarlas dijeron claramente quién era en realidad. Entonces fue cuando intervino el FBI, Dick.

¿Era todo?

Posiblemente, sí. Posiblemente, también se me hubiera quedado algún hilo suelto, algo que preguntar, pero en aquel momento sólo recordaba una cosa.

Ruth, y sólo Ruth.

Bebí, apurando el resto del *whisky*, y me puse en pie.

Ella no se movió, pero sí formuló una pregunta.

—Te marchas, ¿verdad?

—Sí —dije, iniciando una torcida sonrisa—. Creo que es lo mejor, ¿no? Por otra parte, tengo que trabajar.

Siguió un largo silencio que no nos atrevimos a romper. Ni a romperlo, ni yo a dar media vuelta para alejarme hacia la puerta y desaparecer por la misma en forma definitiva.

Hasta que, finalmente, Cinthya lo rompió:

—Ella te necesita ahora más que nunca, Dick, y tú lo sabes. Se está recobrando poco a poco, pero hace falta algo más. —Me miró fijamente y añadió—: Por otra parte, sé que va a darte un hijo. El doctor me lo...

Se interrumpió en seco, quizá al ver la expresión de mi rostro. Eso no lo sabía ni quizá lo supiera nunca.

Sólo que no repliqué a aquello.

Simplemente, di media vuelta hacia la puerta y me alejé en aquella dirección, diciendo:

—Volveré a la noche con mis cosas, madre.

No me contestó y salí.

Tres días más tarde me enteré de que Ruth había escondido el microfilm en el Palas Hotel de Chicago.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio, Manhattan y otras editoriales.